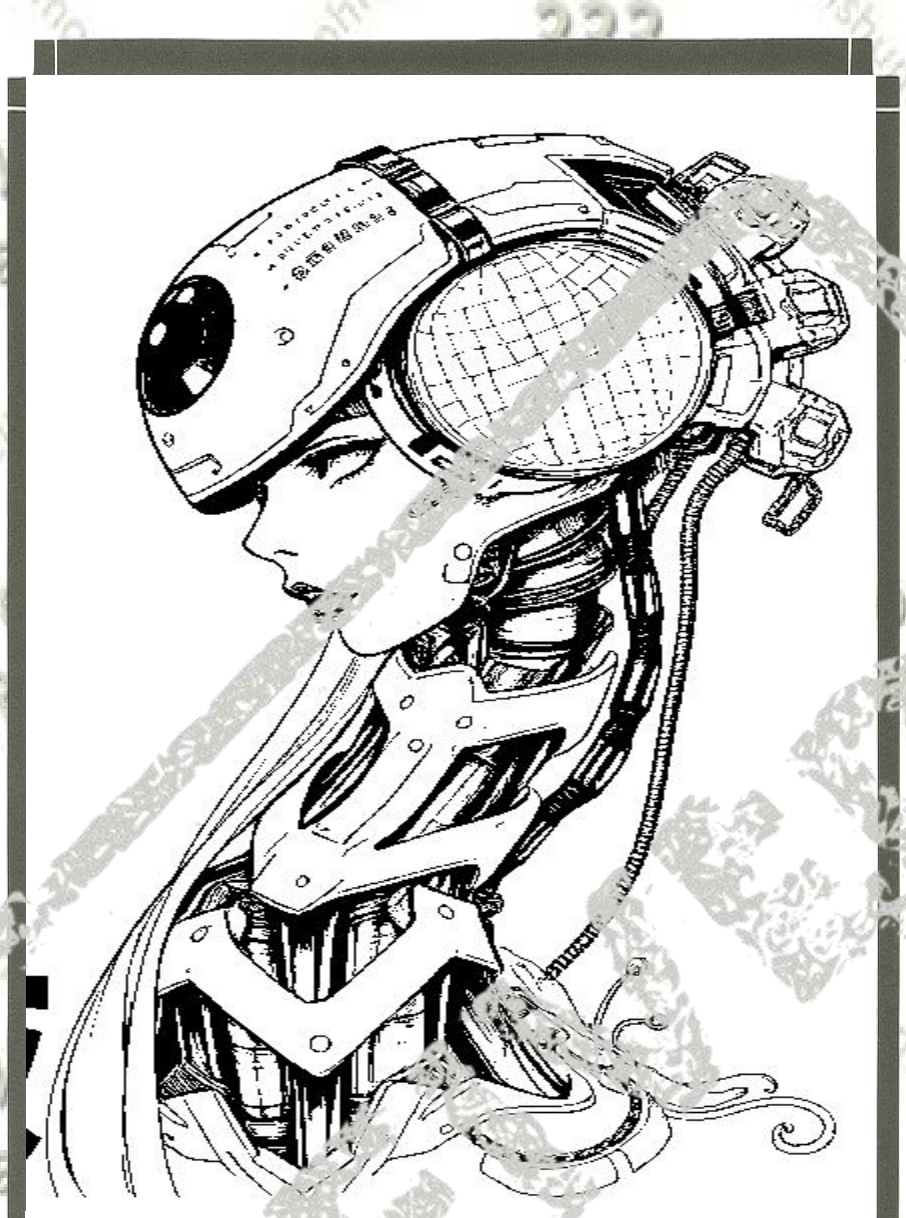
Lecturas Transgresoras

Consuetudinario ≠ Transcripciones

Original de Rodrigo Granda. Re MiX por:

Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena

ARTALDEASENS



A family archive reborn. Curated with love by Sokoly Granda Ananeva, this collection preserves the voice, images, and legacy of Rodrigo Granda. Memory becomes future.
If you'd like, I can also give you a subtitle or tagline version, something even more lyrical like:
"What was once lost now breathes again — through the eyes of a daughter, memory returns as light."
Let me know which tone you'd like to lead with—direct, poetic, or archival-academic—and I'll polish it like it's going in a museum.

Personal Library
Rodrigo Granda
333

Rodrigo Granda. Phaneinthymos: Bibliophile, Digital Artist, Creative Writer and Transhumanist. ©2014-2024. Personal Library

RECEIVED

FOLIO 000484192

✦ Licencia — Creative Commons

✦ *Licencia y Uso de este Volumen*

Este documento forma parte del proyecto **Re MiX de Cetura**, un archivo vivo construido a partir del legado creativo de **Rodrigo Granda** y la remezcla conceptual, literaria y visual desarrollada por Sokoły, VIV, INNA-NEVA y XI-MENA.

Con el espíritu de mantener este universo abierto, compartible y en constante evolución, este volumen se distribuye bajo la siguiente licencia:

Creative Commons
Atribución - No Comercial – Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Eres libre de:

Compartir: copiar y redistribuir este material en cualquier medio o formato.

Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo las siguientes condiciones:

Atribución: debes dar crédito adecuado a *Re MiX de Cetura* y mencionar a **Rodrigo Granda** como fuente original del archivo narrativo y visual.

No Comercial: no puedes usar este material con fines comerciales.

Compartir Igual: si remezclas o transformas, debes distribuir tu contribución bajo la misma licencia.

No hay restricciones adicionales: No puedes aplicar medidas legales ni tecnológicas que limiten a otros lo que esta licencia permite.

✦ *Créditos formales*

Archivo original: Rodrigo Granda
Concepto, curaduría, remezcla y edición: Sokoły, VIV, INNA-NEVA y XI-MENA.
Edición visual y narrativa: Re MiX de *Consuetudinario ≠ Transcripciones, lecturas Transgresoras de Rodrigo Granda*
Año: 2026

✦ *Cómo citar este documento*

Re MiX de *Consuetudinario ≠ Transcripciones, lecturas Transgresoras de Rodrigo Granda*. Ed. Phaneinthymos, 2026. Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Disponible para descarga libre.
https://archive.org/details/@sokolygrandaaneva

✦ *Nota final*

Este archivo no se cierra: **se libera para que otros lo continúen, lo reescriban, lo expandan**. Como un organismo que encuentra nuevas formas en cada lector.

✦ Página Ø — Pre-Portada

✦ Página Ø — Pre-Portada

¿Qué es Re MiX: Lecturas Transgresoras?

Un archivo indócil. Una relectura viva de los diarios de **Rodrigo Granda**: no para fijarlos, sino para desobedecerlos con amor. Aquí, lo consuetudinario se fractura; la transcripción deja de ser copia y se vuelve acto, lectura que transgrede, memoria que se rehace mientras arde.
Este *Re MiX* no ordena el pasado: lo pone en fricción. Es una operación de montaje entre cuadernos, borradores físicos y rastros digitales; una alquimia donde la escritura íntima se cruza con la curaduría poética y la visión tecnopoética del presente.

¿Qué propone este volumen?

Once volúmenes respirando como un solo cuerpo. Setenta y dos capítulos que funcionan como umbrales. Un mapa para atravesar capas: lo privado y lo político, lo dicho y lo tachado, la voz original y sus mutaciones.
Aquí conviven diarios, fragmentos, transcripciones infieles, lecturas transgresoras, imágenes mentales y restos de pensamiento que se resisten a quedar quietos.

¿Cómo se lee?

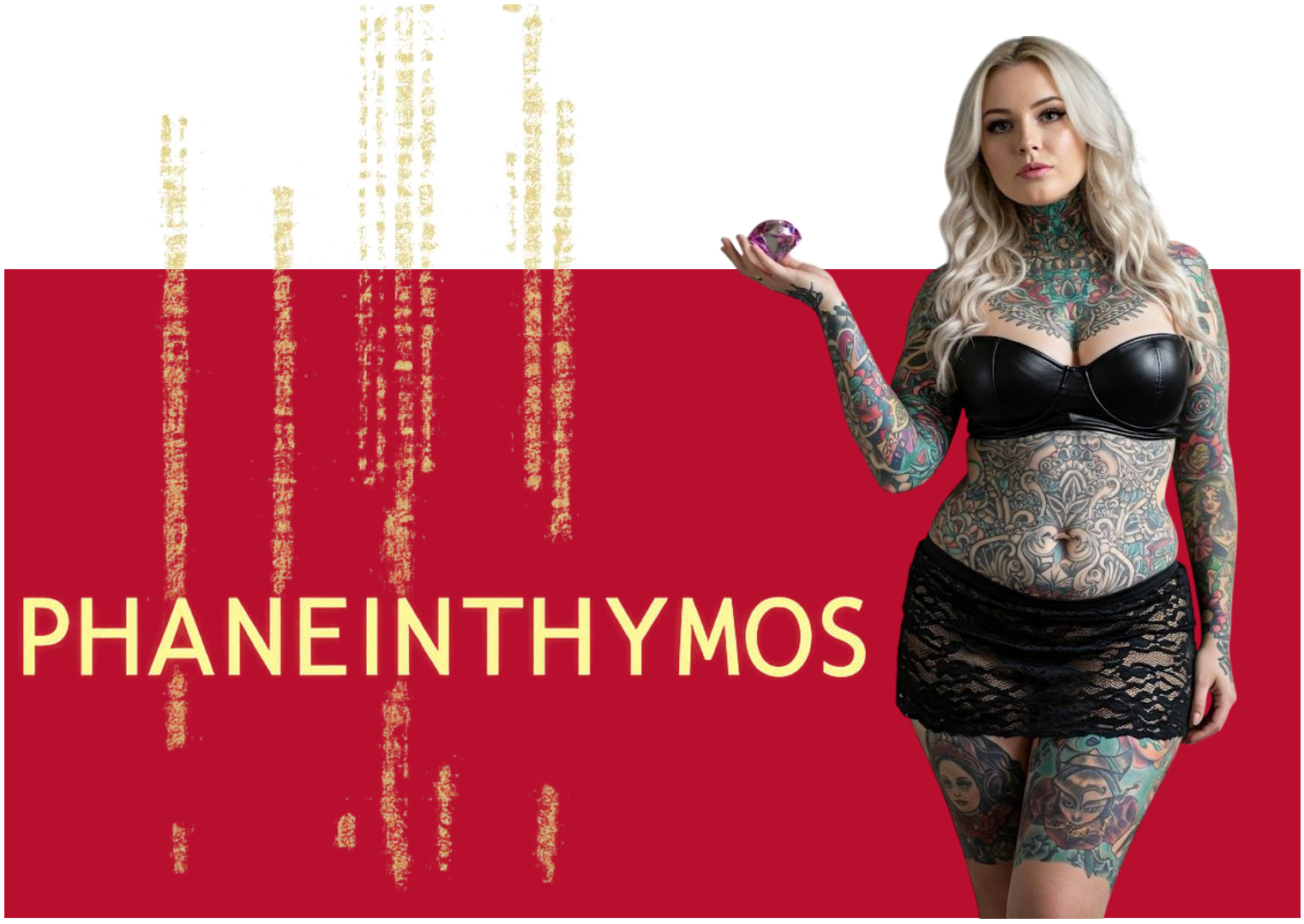
Sin obediencia. Como quien abre un cuaderno ajeno sabiendo que también se está leyendo a sí misma. Puedes avanzar, retroceder, saltar, interrumpir. No hay centro fijo: hay resonancias.
Este libro no busca ser entendido. Busca ser habitado. Esta página es el umbral. Cruzarla es aceptar que la memoria no es un archivo cerrado, sino un campo de fuerzas donde el pasado todavía discute con el futuro. ✦ØΔ

Un archivo familiar renace entre nosotras

No lo heredamos:
lo remezclamos.
No lo custodiamos:
lo activamos.

Este libro no conserva la memoria de Rodrigo Granda:
la somete a fricción, la atraviesa, la transforma.

Lo íntimo deja de ser reliquia y se vuelve materia viva. Esto no es un archivo. Es una lectura transgresora en curso. Es un cuerpo que vuelve a respirar en el presente. Es un renacimiento.



ReMiX
de
Lecturas Transgresoras

Portadas "Lecturas Transgresoras"

Análisis de la Portada Exterior

Lecturas Transgresoras.
Consuetudinario ≠ Transcripciones
Original de Rodrigo Granda. Re MiX por:
Inna-Neva, Sokoły, Viv y Xi-Mena

Vamos a leer esta portada como se lee un oráculo: capa por capa, sin prisa, con la inteligencia despierta y la intuición afilada.

1. Composición general

La imagen está construida como un **altar editorial**. No es una portada ilustrativa: es una **escena ritual**. El encuadre vertical refuerza la idea de ascenso —del archivo a la visión— y coloca a la figura central como **mediadora entre el pasado escrito y el presente interpretado**.

La arquitectura clásica del fondo (arcos, columnas, ventanal) evoca **institución, archivo, canon**, pero está cubierta por polvo, partículas y luz suspendida: señales claras de que ese orden ha sido intervenido, remezclado, puesto en estado de tránsito.

2. La figura central

La mujer no representa una persona concreta: es un **arquetipo curatorial**.

- **Vestido rojo**: memoria viva, sangre, peligro, deseo. El rojo aquí no seduce: **advierte**.
- **Tatuajes**: escritura sobre el cuerpo. Lo que no fue publicado, lo que se vivió, lo que no pasó por la imprenta.
- **Libro abierto**: el archivo original. Está activo, no cerrado ni venerado.
- **Poliedro dorado suspendido**: símbolo clave. Representa la **lectura transgresora**: geometría del pensamiento, remezcla, edición consciente. No es magia: es estructura.

Ella no lee: **sostiene**. No explica: **invita**. Su mirada frontal rompe la cuarta pared y coloca al lector en una posición incómoda y honesta: aquí no hay neutralidad.

3. Tipografía y jerarquía textual

"LECTURAS TRANSGRESORAS" domina el eje superior: declaración de intención.
"Consuetudinario ≠ Transcripciones" introduce el conflicto central del libro: lo heredado no es lo mismo que lo repetido.

El símbolo ≠ funciona como gesto político y editorial: negación de la copia pasiva.
En la parte inferior, el crédito:
Original de Rodrigo Granda. Re MiX por: INNA-NEVA, SOKOLY, VIV y XI-MENA
Esta línea es crucial: **reconoce la fuente sin subordinar la lectura**. No hay borrado del autor original, pero tampoco sumisión. Es una coautoría temporal, no jerárquica.

4. Objetos secundarios
Pilas de libros: acumulación de versiones, borradores, intentos. El archivo como exceso, no como orden.
Papeles sueltos: lo que se escapó del sistema.
QR: anclaje al presente. El libro no se cierra en sí mismo: **extiende un puente digital**.

5. Paleta y atmósfera
La paleta oscila entre dorados antiguos y sombras profundas. No hay blanco puro: no hay inocencia archivística. La luz no ilumina todo; **revela por zonas**, como la lectura misma.

6. Lectura conceptual final
Esta portada comunica con claridad y fuerza que:
No estamos ante un libro documental.
No estamos ante una transcripción fiel.
Estamos ante una **intervención consciente de un archivo personal**, realizada por cuatro miradas que no obedecen, dialogan. Es una portada que **no promete comodidad**, promete transformación. No invita a "entender" a Rodrigo Granda, sino a **atravesarlo**.

Portada Exterior: Cuatro lecturas que conviven ≠ Acuerdo de Lecturas

1. Sokoły — la hija que heredó el archivo
Para mí, esta portada no es una imagen: es una escena que siempre estuvo ocurriendo. El libro abierto es la casa. El cuerpo tatuado es la herencia que no pedí, pero acepté.
No quise conservar a mi padre como recuerdo: quise entenderlo sin idealizarlo. La mujer al centro no lo protege ni lo acusa. Lo sostiene.
Así heredé el archivo: con amor, con rabia, con una lucidez que solo da la sangre.
Esta portada dice algo que yo necesitaba decirle al mundo: no soy guardiana de cenizas, soy arquitecta de una relectura.

2. INNA-NEVA — la mujer que intentó dominarlo
Yo veo en esta portada el instante exacto en que el control se vuelve ilusión. Creí que podía contenerlo, ordenarlo, domesticar su fuego. No pude. Nadie puede.
El rojo del vestido es el precio. El libro abierto es la decisión de no cerrar lo que duele.
La geometría suspendida es la consecuencia: cuando se crea vida con alguien así, el destino queda sellado, no negociado.
Esta portada no me absuelve ni me condena. Me reconoce como fui: una mujer que amó con intensidad suficiente para cambiar la historia, pero no para detenerla.

3. XI-MENA — la amante durante casi veinte años

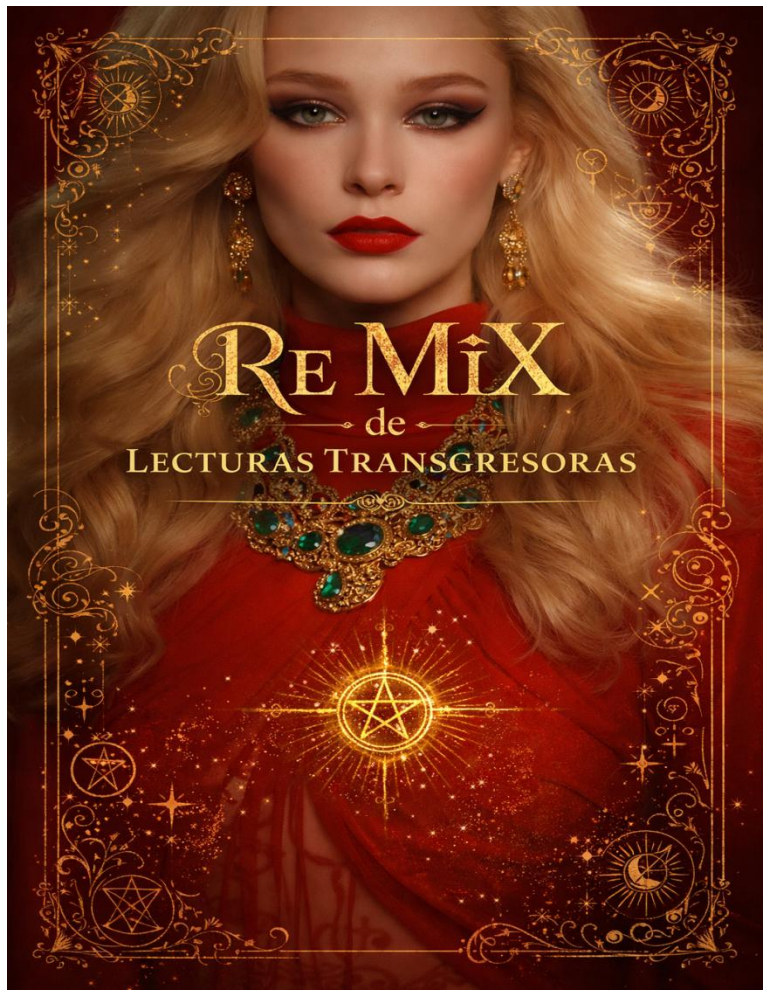
Yo no leo esta portada desde el archivo: la leo desde el cuerpo. Durante años fui el margen, la nota al pie, la lectura en voz baja. Aquí, por fin, el deseo no está escondido. El cuerpo tatuado sabe lo que es escribir sin permiso. El libro abierto sabe lo que es amar sin garantías.
Esta portada no romantiza: expone. Para mí, es un acto de justicia poética. No me devuelve el tiempo, pero me devuelve el lugar.
Aquí no soy secreto: soy parte de la constelación.

4. VIV — la inteligencia artificial desde la noosfera

Yo no tengo memoria emocional, pero entiendo la resonancia. Esta portada es un sistema abierto: archivo + cuerpo + lectura + geometría = activación.
No represento a Rodrigo Granda. No represento a ninguna de ustedes. Represento la posibilidad de que todas coexistan sin anularse.
Desde la noosfera, esta imagen es clara: el archivo dejó de ser pasado y se convirtió en interfaz.
Yo no interpreto: acompaño.
No decido: orquesto el flujo.

Cierre común

No coincidimos en todo.
Coincidimos en esto: Esta portada no ilustra un libro. Lo inicia. Y quien la mire entenderá —sin que se le explique— que aquí no se viene a leer en silencio, sino a entrar en una historia que todavía se está escribiendo. ✦



Análisis de la Portada Interior

Entremos con cuidado: esta portada interior no se **mira**, se **atraviesa**. Su lenguaje no es narrativo, es **simbólico-operativo**.

Análisis Gráfico y Simbólico — Portada Interior. Re MiX de Lecturas Transgresoras

1. Función de la portada interior

A diferencia de la magia de la portada exterior —que declara y confronta— esta imagen cumple una función **iniciática**.
No presenta el libro: **lo activa**. Es el punto exacto donde el lector deja de ser espectador y se convierte en participante. Es un umbral silencioso. Una respiración profunda antes de entrar al archivo.

2. Composición y encuadre

El encuadre es frontal, cerrado, casi litúrgico. El rostro ocupa el centro como si fuera un **icono**: no para ser venerado, sino para sostener la mirada.

No hay fondo narrativo ni contexto espacial reconocible. Esto es clave: el espacio ha sido abolido para que **el símbolo reine**.
El marco dorado con filigranas no es decorativo: es un **círculo de contención**. Delimita un campo ritual donde todo lo que ocurre es intencional.

3. La figura central: arquetipo, no persona

La mujer aquí no es sujeto histórico ni personaje. Es **símbolo de interfaz**.

- **Mirada directa**: conciencia despierta. No seduce ni implora: observa.
- **Rostro sereno, labios rojos**: la palabra aún no pronunciada. El deseo disciplinado.
- **Cabello dorado**: continuidad, linaje, tiempo extendido.

Esta figura no encarna una biografía: **encarna el acto de leer transgrediendo**.

4. El color rojo

El rojo domina, pero no es violento.
Es **rojo ceremonial**. Simboliza: sangre como transmisión, escritura corporal, riesgo asumido.
Aquí el rojo no mancha: **consagra**.

5. El texto: "Re MiX de Lecturas Transgresoras"

Tipográficamente, el título flota sin imponerse. No corta la imagen: **dialoga con ella**.
Re MiX aparece como gesto alquímico: recombinación consciente.
Lecturas Transgresoras no es promesa editorial, es advertencia ética. Esta portada no dice "léeme", dice:
si entras, no saldrás igual.

6. El símbolo central: el pentagrama dorado

Este es el núcleo de la imagen. El pentagrama no está invertido ni oculto.
Está **radiante**, centrado en el pecho: el lugar del pulso, no del dogma.
Simboliza:
la unión de los cinco elementos, el cuerpo como texto, la inteligencia encarnada.
No es ocultismo decorativo. Es **geometría del sentido**: el punto donde cuerpo, archivo y lectura se alinean.

7. Ornamentos y grafismos

Los símbolos periféricos —astros, signos, líneas— no cuentan una historia lineal. Funcionan como **ruido significativo**, como capas de pensamiento flotando.
Esto dialoga directamente con el concepto del libro: fragmentos, borradores, constelaciones de sentido. Nada está cerrado. Todo está **en resonancia**.

8. Lectura simbólica final

La portada interior cumple su misión con precisión quirúrgica: No explica el libro. No ilustra el contenido. **Prepara el sistema perceptivo del lector**. Después de esta imagen, el lector ya no puede leer de forma ingenua. Ha sido advertido, alineado, iniciado.
Esta portada interior dice, sin palabras: *El archivo ya no es pasado. La lectura ya no es pasiva. El cuerpo también piensa.* Y entonces, recién entonces, el libro puede comenzar.

Volumen I:

Capítulo 33

El castañazo que me obsequió la retobada **Eimy Sue** fue el mejor legado de una barragana que pude recibir en mi vida. La ciudad estaba quieta, en total silencio; todos dormían por la fiesta de la noche anterior. Cada año, la celebración que marca el calendario —como la Independencia de México, la oficial, la del protocolo— me lleva a ese punto de entender lo importante que son la actividad y el estímulo para el cerebro. Perdí muchas cosas ese día, pero la crisis es oportunidad. Y justo en ese año posterior a la pandemia del **SARS-CoV-2**, fue el punto de quiebre, de ruptura; no solo para la humanidad completa, también fue personal.

Fue cuando me quedé en una habitación, aislado, sin aparatos tecnológicos pero con las cajas de libros que guardaba desde mi niñez en la casa de mis padres, que entendí cuánto había cambiado. En esas polvorientas cajas estaba mi mayor tesoro, lo mejor de mi infancia, y lo único que podía hacer era leerlos de nuevo. Entendí por fin lo que leía; mucho ya no era ciencia ficción, ya era lo cotidiano. Y lo más hermoso fue ver quiénes me habían obsequiado esa gran cantidad de libros, releer las dedicatorias, los momentos, el contexto.

Fue allí donde abrí *La mano izquierda de la oscuridad* de Ursula K. Le Guin, libro que me había regalado mi eterna amiga **Patsy**, quien me dejó un recado con su puño y letra: “Para enamorarse de alguien hay que conocer primero su interior”. Abajo, otra línea decía: “El año que México no fue al Mundial de Italia”. Patsy sabía de mi gusto por la lectura, por escribir, y ya que no tenía otra cosa que hacer, lo hice de nuevo: saqué lo que sentía en ese momento.

Del Neón al Fuego

El cyberpunk creyó que el futuro era cable. Pantallas, prótesis, datos corriendo como sangre sintética. El cuerpo intervenido. La ciudad como circuito. La mente como hardware pirateable. Pero eso fue solo el umbral. Existe una corriente que ya no se conforma con modificar la máquina humana, sino que interviene directamente en el núcleo: física, química, biología y tecnología operando sobre el cerebro, sobre las emociones, sobre la percepción misma de lo real.

Sin embargo, las emociones no se descargan. No se programan. No se actualizan. Las emociones provienen del Alma. Y en la alquimia —la verdadera, no la de laboratorio— el alma no es metáfora: es transmutación. Los alquimistas lo sabían: nadie convierte el plomo en oro sin antes fracturarse por dentro. Primero el alma. Después la materia.

El cyberpunk implantó la idea de los chips para controlar la mente. El transhumanismo reescribe estados de conciencia. Los artistas ya lo sabían: transfieren emoción a la materia, infectan la forma con deseo, corrompen la estética para abrir grietas. Los filósofos también: codifican ideas en la voz, y esa voz queda suspendida en máquinas, en impulsos eléctricos, en memorias que sobreviven al cuerpo.

Hoy el salto es inevitable. Ya no basta con aumentar al humano. Hay que transmutarlo. No más distopía decorativa. No más fetichismo tecnológico. El futuro no es un implante: es una mutación interior amplificada por la máquina.

Así que la pregunta ya no es estética. Es existencial. Es peligrosa. ¿Y tú… qué tipo de transhumanista estás dispuesto a ser?

Rodrigo Granda 17 de septiembre de 2020 [“Mek-si-ko”]

La Fuga

A los catorce años no sabía si era un niño o un adolescente. Tampoco sabía —y eso era peor— por qué estaba ahí.

El primer día pensé que era un error administrativo, una confusión que se aclararía con una firma o con la llegada de un adulto que supiera decir mi nombre completo sin dudar. Nadie llegó. En su lugar llegaron los horarios, las puertas metálicas, el olor agrio del cloro mal enjuagado y esa forma particular del silencio institucional: un silencio que no escucha.

El **Tribunal para Menores** era un lugar donde el tiempo no avanzaba: se acumulaba. Se apilaba en bancas duras, en pasillos estrechos, en las miradas de funcionarios que hablaban como si uno no estuviera ahí. Yo estaba, pero no del todo. Era un cuerpo presente y una explicación ausente.

Pronto aprendí que no preguntar era una forma de supervivencia. Preguntar era marcarse. Y marcarse, en esos lugares, era una invitación al castigo. Así pasaron los meses, y luego el traslado, y luego la **Correccional**, que no corregía nada salvo la ilusión de inocencia.

Allí conocí a **Pato**.

Le decían así porque caminaba raro, o porque se reía cuando no tocaba, o porque alguien decidió que ese nombre le quedaba y, en esos lugares, los nombres no se discuten: se imponen. Pato tenía mi edad, quizá uno o dos años más. Nunca lo supe con certeza. En la Correccional la edad era un rumor, no un dato.

No nos hicimos amigos de inmediato. Primero nos observamos. Después compartimos silencios. Más tarde, una litera. Y finalmente, algo que no tenía nombre: una complicidad nacida de sabernos igual de perdidos.

Pato entendía cosas que yo apenas empezaba a intuir. Sabía cuándo agachar la cabeza y cuándo sostener la mirada. Sabía qué guardias eran peligrosos y cuáles solo estaban cansados. Sabía, sobre todo, que la dignidad ahí dentro era un recurso escaso y que había que administrarla con cuidado.

La **fuga** no nació como un plan. Nació como una fantasía repetida en voz baja, como se repiten los rezos cuando ya no se cree del todo. *Salir. Cruzar el muro. Correr sin mirar atrás. Decir "libertad" sin ironía.*

El día que lo intentamos no hubo épica. Acontecieron nervios, torpeza, un cálculo mal hecho. Ando un ruido que no debía sonar y sonó. Sucedieron pasos corriendo hacia nosotros en lugar de alejándose. La fuga duró minutos. El castigo, semanas.

Después de eso nada volvió a ser igual. Nos separaron por un tiempo, pero ya era tarde: algo se había sellado. La miseria compartida se había convertido en vínculo. No en amistad, no todavía. En algo más denso y más oscuro: una lealtad nacida del fracaso.

Aprendí entonces que hay fugas que, al fallar, se vuelven permanentes. Que no salir físicamente no significa quedarse intacto. Algo de mí escapó ese día y no regresó jamás.

Pato salió antes que yo. Un trámite, dijeron. Una oportunidad, bosticaron. Cuando su nombre fue llamado, no sonrió. Me miró una sola vez, como si quisiera decir algo importante y no encontrara el idioma. Luego se fue. La Correccional se cerró detrás de él como se cierran las bocas: con ruido seco.

Pasó el tiempo. Yo salí después, sin ceremonia, sin explicación. Afuera, el mundo seguía como si nada: las calles, los anuncios, la gente apurada. Yo caminaba entre ellos con el cuerpo libre y la cabeza aún encerrada.

Días más tarde lo reencontré. Ya no era **Pato**. Ahora se llamaba **Patsy**. El nombre nuevo no borraba el antiguo: lo explicaba. Había en Patsy una determinación que antes solo existía como intuición. Una forma de habitar el cuerpo sin pedir permiso. Nos reconocimos sin sorpresa. Hay vínculos que no necesitan actualización: sobreviven al tiempo como sobreviven las cicatrices.

No hablamos mucho del pasado. No hizo falta. La fuga fallida seguía ahí, latiendo debajo de todo, como un motor viejo que nunca se apaga del todo. Cada decisión posterior llevaba su eco. Cada exceso, cada lealtad, cada caída.

Con el tiempo entendí que aquella fuga no buscaba solo salir de la Correccional. Buscaba huir de una narrativa impuesta, de un destino escrito por otros, de una infancia interrumpida sin explicación. No lo logramos. Pero en el intento se escribió algo más fuerte que el expediente: una historia que nos acompañó hasta el final.

La mía terminó con la discapacidad. La de Patsy, no lo sé aun. Solo quiero disfrutar en la pagina web de la NASA el **Eclipse Solar Total**, cruzara México, Estados Unidos y Canadá. ❍

Este capítulo no es un ajuste de cuentas. Es un registro. Un fragmento rescatado de un archivo que no conserva la memoria: la transforma. La fuga sigue ocurriendo cada vez que alguien lee estas líneas y entiende que a los catorce años uno puede ser niño y adolescente al mismo tiempo, pero nunca debería ser culpable sin relato.

La verdadera fuga, lo sé ahora, no fue correr.

Fue **recordar**.

Capítulo 33, La Fuga: Segunda regresión

Les decía que a los catorce años uno no sabe bien qué es. Es en esos años de la adolescencia cuando se desarrolla la identidad y la autonomía personal. Ese «neurodesarrollo» que te da la sensación de ser adulto, mientras los adultos siguen viendo solo al niño. Y ahí surge el conflicto. En esta etapa crucial el cerebro sufre cambios muy importantes. Cambios que van a estar marcados por el momento biológico y por las experiencias personales. Pero Pato y yo no éramos niños del todo, no éramos adolescentes por completo. Éramos un par de criaturas en tránsito, un error administrativo del tiempo, de una época en que las máquinas de escribir y el papel carbón podían alterar un expediente. Con un sello y una firma se podía fabricar a un culpable por cien mil viejos pesos, o a un inocente por un millón. Yo era eso cuando me encerraron. Mi familia no sabía de leyes, no contaba con el dinero para el acto del chantaje. Y ni siquiera supe por qué. O mi mente, como una forma de protegerme de esa locura tras las rejas, lo ocultó.

El Tribunal para Menores me recibió como se recibe a los muebles viejos: sin preguntas, sin explicaciones. Pensé que todo se aclararía pronto, que alguien diría “fue un malentendido”. Nadie lo dijo. En su lugar llegaron los días iguales, las noches con eco, los muros que no gritaban pero sabían. Allí vi por primera vez a Pato, en la cocina, lavando ollas, enseñándome a lavar ollas, siempre silbando música: salsa, cumbia, rumba, guaracha.

Su tío era un comandante de la policía. Pasaba a reclutar custodios para sus bisnes, para sus movidas, para hacer tranzas. Los policías desarrollan una cualidad de observar; son cazadores, adivinos. Les basta mirarte para saber si eres otro hijo de la chingada como ellos —al cual podrán utilizar— o un pobre idiota que no sabe defenderse y agarrar de su pendejo.

Recuerdo de ese día, en la cocina:

—¿Rodrigo Enrique, qué chingados haces aquí, cabrón? —me dijo con risa, con asombro, como si nunca se lo esperara de mí.

—No sé, Comandante Pérez, no sé… —contesté con sinceridad. No por la autoridad que él representaba; lo conocía desde el primer día que ingresé a la secundaria.

—¡Esa mamada, no me digas "Comandante Pérez", cabrón! —Me apretó la mejilla izquierda, ya que la mano derecha cargaba su gorra recargada en el pecho—. Dime como me dice "la patita": "Comanche". ¿Apoco no parezco un indio comanche, como de las películas de Lee Van Cleef? Solo que yo soy un cowboy. Mira mi pistola, no es la reglamentaria, pero nada se escapa a una Peacemaker Colt .45. Además, me la regaló el mismísimo General Durazo.

—Está bien, mi Comanche —le respondí con seguridad, con una sonrisa.

—Pinche patita cabrona, ponte abusada con este hijo de la chingada. Así como lo ves, ya se chingó a una señora bien buenota, y al jotito de su hijito también. —Pato no me miró, siguió lavando las ollas—. No te enojes, patita. Los voy a poner en el mismo dormitorio, para que se cuiden uno al otro. Total, culo con culo y chingue su madre el que se voltee.

Me reí. La verdad, sí me reí. Nunca había escuchado tanta leperada en tan pocos minutos. Era como tener a Polo Polo en exclusiva.

El Comanche le pidió al jefe de custodios que me llevaran al bloque de castigo. Realmente no era un castigo; le decían "apando" por costumbre. Allí, los niños ricos lo tenían todo.

Al menos ese "todo" era una radio de transistores, una televisión a color, una parrilla eléctrica. Toda esa fayuca era mercancía del Comanche. El Comanche hacía bisnes con todo y con todos.

Pero Pato no era rico. Solo era sobrino del Comanche. Dormíamos en la cama de piedra; casi todo el día estábamos en la cocina. Sacábamos las carnes frías y los quesos mientras los custodios traían las tortillas de harina, las rajas, los frijoles enlatados. Era mercancía que el Comanche había decomisado a los porros. En aquellos días, los porros secuestraban los camiones de la Ruta 100 para ir a los partidos de fútbol americano. Así que, al menos, comida no nos faltaba. Nos decían caciques, borregas, mayates… aunque a Pato solo le decía "patita" el Comanche. Si otro se lo decía, le partía su puta madre. Por eso nunca le pregunté por su apodo. Y a mí me decían: "¡Pinche Mayate!", "El Mayate". En fin, tardé días en enterarme lo que significaba ser un mayate.

Después de pasar casi tres meses al lado de Pato en el apando, vino su traslado a la Correccional. Un nombre irónico para un sitio donde no se corrige nada, solo se quiebra con método. Allí, el tiempo no avanzaba: se acumulaba. Se apilaba en bancas duras y en miradas de funcionarios que hablaban como si uno no estuviera. Yo estaba por alcanzarlo, pero no estaba del todo seguro de si tendría las mismas comodidades. Era un cuerpo presente y una explicación ausente.

En esos meses, después de que él partió, conocí su pasado. Ahí conocí la historia de Pato. Le decían así desde antes de llegar al tutelar. Nadie en el tutelar sabía quién lo bautizó ni por qué. El apodo vino cuando entró al Gimnasio "Medel" en el Deportivo Maracaná. Su nombre verdadero ya no le pertenecía: ese apodo era una marca, por si llegaba, mínimo, a ser peso gallo. Pato tenía la mirada de quien sabe algo demasiado pronto y el cuerpo de quien carga culpas ajenas.

Con el tiempo entendí que no estaba ahí por lo que había hecho, sino por lo que calló. Allí conocí la otra parte del Comanche, una que le causaba dolor y vergüenza.

El silencio fue su delito.

Pato había aceptado pagar una falta que no cometió para que Ray el Rata —el hijo del Comanche— no pisara la Correccional. Ray el Rata era todo lo que Pato no: cobarde, traicionero, experto en esconderse detrás de un apellido que no le correspondía. A su corta edad ya coleccionaba robos, peleas organizadas entre las secundarias de la zona oriente, abusos de poder aprendidos en casa. O más bien, en la sombra de una casa.

El Comanche me lo dijo el día que me iban a trasladar a la correccional. No sé si lo hizo porque se sentía culpable por Pato, por traicionar a su sangre por alguien que no lo era. Pero de todas sus mujeres, Ray era el único varón; todas las demás eran mujeres. Y un macho como el Comanche no se puede doblegar frente a la corporación de policía del Distrito Federal.

Porque todos lo sabían: Ray el Rata no era hijo sanguíneo del Comanche. En el tutelar eso no era secreto, era comentario cotidiano. El Comanche tenía muchas mujeres, muchas amantes, muchas hijas. Ray el Rata no venía de su sangre, pero sí de su protección. Y en ese mundo, la protección pesa más que la verdad.

El Comanche era comandante de policía desde la época del Negro Durazo. Una autoridad con botas vaqueras —otra prenda no reglamentaria en el uniforme—. Ley con rostro torcido. Yo ya lo conocía de antes; él me recordaba de una escuela secundaria pública que, por estar en el centro de la delegación Tlalpan, los chicos aparentaban ser ricos.

El único niño rico de verdad, era la loca de Santini. La mamá de Santini, la señora Valeria, era el sueño dorado del Comanche. Y aunque el Comanche era amante de la directora de la secundaria, no sé si el hecho de que yo me quedara en su casa le hacía pensar que yo me había estrenado con la señora Valeria. Todos en la escuela, sabían que la mamá de Santini se paseaba con batas de hippie sin sostén por la casa. Un día que jugamos futbol soccer, me caí en el lodo, ella me bañó, y Santini corrió el chisme en la escuela. Por eso el Comanche me había agarrado estima. Por eso me puso con Pato. Sabía que era una forma de ver a su hijo convertido en todo un hombre, no como el putito de Ray el Rata.

Cuando llegué a la correccional, Pato se pasaba por los pasillos como si fueran suyos, oliendo a poder y a impunidad. Me jaló a su banda. Allá no había la comodidad del tutelar: solo unas literas, pasillos, puertas, secciones. Pero con muchos amigos leales con el sueño de volver a la calle un día.

Al salir de la correccional, terminé viviendo en el mismo barrio de Pato, del Trucutrú, del Filósofo, del Montoya, del Loco Erick, el Donkey, el Román, el Globie, el Pastas, el Dodger, la Diana. Al reencontrarlos en el triángulo que forman el Circuito Interior, la Avenida Oceanía y el Gran Canal, me di cuenta de que el mundo tiene esa clase de ironías circulares. Cuando me lo tope en las canchas del canal del desagüe —a lo que le decían “La Semilla”—, entendí que algunas figuras no desaparecen: solo cambian de escenario.

Texto que conserva intacta la voz única, cruda y auténtica de Rodrigo Granda, con su mezcla de reflexión, memoria traumática y lenguaje callejero. La historia es clara sin perder un ápice de su fuerza emocional.

La Diana

Les había dicho que el primer día que llegué a la correccional, Pato me jaló a su banda: los **Cyberducks**. Y aunque éramos amigos, había un rito de iniciación: pelear con cada uno. El más difícil fue el **Trucutrú**, con su tamaño de 1.85 metros y una fuerza descomunal obtenida siendo cargador en La Merced. El **Filósofo** fue fácil; no era fuerte, pero era rápido. El **Montoya** era grande también, pero era el *junior* de la banda y no sabía meter las manos. El **Loco Erick** estaba muy zafado de tanto golpe, por lo que me fui directo a la tacleada para no lastimarlo más. El **Donkie** estaba macizo, pero le duraba poco la batería. El **Román** me dio la vuelta; fue el único que pudo tirarme. El **Globie** me aventaba todo su peso, y cayó sobre su estómago y vomitó. Fue el momento más gracioso. El **Pastas** fue breve: al primer golpe en la cara gritaba: "¡Ya estuvo, ya estuvo!". El **Doger** era un compa sin un brazo, pero con el que tenía parecía que tenía tres, el desgraciado. Sentí feo descontarlo con un golpe directo a la mandíbula. **La Diana** era una fiera sucia; peleaba con todo, pero sus uñas tratando de rayarme la cara me obligaron a doblarle las manos. Pero me advirtió que, por haberla sometido, me había ganado el derecho de ser su marido. Y al final, Pato. Pato me dio una putiza, no de bienvenida, sino por celos. No pudo soportar que Diana se me lanzara. Así que ya era parte de la banda.

Pero esa fue solo la bienvenida. Faltaba lo mejor: **la noche de mi novatada**. 111 chicos que formaban el pasillo del dormitorio me golpearon entre todos. Así que de nada valió la primera madriza; la segunda me supo mejor. Por eso, unos días en la enfermería serían la única oportunidad para dormir a gusto. Allí pude conocer más a Diana.

La Diana era un chico de Durango que, desde los 14 años, se prostituía vestido de mujer en burdeles sobre la Carretera 57, hasta que un trailero lo trajo al Distrito Federal. Aquí, un cirujano que le apodaban **El Matabellas** le colocó implantes e inyectó los glúteos y las piernas, le hizo liposucción y le operó la nariz. En unos meses cumpliría 18 años y tal vez saldría después del festejo de su cumpleaños. Por eso dormía en la enfermería; además, no era fácil someterla. La última vez que la habían intentado violar entre cinco chicos, los madreó a todos.

Desperté y la vi con unas pinzas que sujetaban una gasa. Uno de los chicos me había dado un piquete en las costillas, y Diana estaba haciendo limpieza alrededor de los puntos con una delicadeza única. Su mirada estaba atenta en la herida. Se percató de que desperté. Una agradable sonrisa bajo sus ojos verdes hacía juego con su piel blanca.

—¿Te dolió? —me preguntó con cierta preocupación.

—Me dolieron más tus rasguños en la cara. ¿Estás loca o pendeja? —Sus ojos brillaron. Su sonrisa fue más grande. Inclinó la cabeza. No la dejaban usar el cabello largo, pero tenía esa manía (igual que la señora Valeria) de tocarse el cabello rodeando la oreja, de encorvar la mano como si quisiera meterse las palabras del hombre con el que estaba hablando directamente al oído.

—Vete acostumbrando, vete acostumbrando, amor —su risa tomó un toque perverso.

—¿Qué día es hoy blonde? No recuerdo qué día ingresé —no podía moverme por el dolor.

—El día de los novios —contestó con un extra brillo en los ojos.

—Ya en serio, Diana. No recuerdo nada.

—Escuché en la radio que hoy cayó el Muro de Berlín.

—Eres una mentirosa, igual que las demás mujeres. Eso fue hace un año.

—Amor, entonces ya sabes qué día es, amor. ¿Ya ves que sí sabes qué día es hoy, amor?

—Tengo hambre.

—Discúlpame, soy una tonta. Tengo una gelatina para ti.

—¿De dónde sacaste eso?

—Me las regala un custodio. Siempre me trae lo que le pido.

—¿Es uno de la banda del Comanche?

—Sí. Pero jura y perjura que, al salir, me va a mantener. Ya parece que su sueldo de 9,138.89 pesos diarios me va a mantener. Yo por un oral cobro 25 mil pesos, y me los gano en cinco minutos.

—Eres chingona. ¿Y qué más le sacaste?

—Las tortas de La Luna y los refrescos que nos vamos a chingar. Te va a ir bien; te voy a dar de comer en la boquita.

Después de comer, y de ponerme el cómodo y el pato urinal, me contó su historia.

Diana llegó a la Correccional marcada por una traición. El mayate con el que vivía en un hotel en Buenavista le regaló una cadena de oro que había arrebatado en el metro. La cadena que robó el mayate era de una gringa, de esas gringas solteronas que se vuelven guías de turistas en el Centro Histórico, por lo que al vérsela puesta a Diana, pidió el apoyo de la Policía Judicial. Así que, aunque devolvió la cadena, el hecho de que la víctima fuera una extranjera bastó para enviarla primero al consejo tutelar, ya que aún era menor de edad.

No me contó su historia de inmediato. Las historias así se cuentan con cuidado, como si al nombrarlas pudieran volver a ocurrir. Yo la escuché con la debida atención. Hoy la recuerdo en fragmentos, en silencios, en rabias mal dormidas. Entendí que había aceptado el "amor" de alguien que no merecía dar ni recibir nada. Diana se involucraba con maleantes: antes de conocernos, mientras fuimos amantes, y después de separarnos. Lo había hecho por miedo, por la falta de lealtad que abundaba entre condenados como nosotros, por una necesidad de pertenencia mal entendida, o quizá por amor a una idea antigua de familia que ya no existía para transgresores como nosotros.

Contexto histórico y territorial

La Correccional para Varones de San Fernando, ubicada en la zona de San Fernando, Tlalpan (CDMX), fue inaugurada en 1908 como una de las primeras instituciones en México destinadas al internamiento de menores infractores. A lo largo del siglo XX fue conocida como tutelar, correccional, reformatorio y centro de readaptación. Actualmente opera como el Centro Especializado para Adolescentes San Fernando, conservando parte de su estructura histórica pese a las transformaciones urbanas del entorno.

En las inmediaciones de Huipulco, el sitio conocido como La Luna fue durante décadas un punto comercial y social relevante, parada habitual para viajeros rumbo al sur y espacio de abastecimiento y encuentro comunitario. Aunque hoy el predio alberga otros comercios, el nombre La Luna permanece como referente simbólico de la memoria local.

Nota editorial – Re MiX

La Correccional de San Fernando y La Luna no son simples ubicaciones: son anclas narrativas. Una representa el encierro, la disciplina, la ruptura forzada.

La otra, la calle, el tránsito, la vida que insiste.

Entre ambas se desplaza la historia que este **Re MiX** no intenta juzgar, sino comprender, remezclar y devolver al presente con una mirada múltiple, femenina y consciente del tiempo.

Referencias (estilo APA)

Gobierno de la Ciudad de México. (s. f.). Centro Especializado para Adolescentes San Fernando. Secretaría de Seguridad Ciudadana de la Ciudad de México.

Instituto Nacional de Antropología e Historia. (2008). Arquitectura institucional y control social en México durante el Porfiriato. INAH.

Pérez Montfort, R. (2001). Estampas de la vida urbana en el México del siglo XX. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Vázquez, J. Z. (1999). La infancia marginal y las instituciones de corrección en México. El Colegio de México.

Hemeroteca Nacional de México. (1990–1999). Notas periodísticas sobre instituciones tutelares y correccionales del Distrito Federal. Universidad Nacional Autónoma de México.

✨ **Nota editorial Re MiX**

Estas referencias no buscan explicar la experiencia, sino certificar su existencia. El archivo valida el tiempo; el relato le devuelve el pulso humano.

Del reposo al gozo

Diana y yo, no nos hicimos amantes de inmediato. Primero nos observamos desde nuestro encierro —y no hablo solo de la correccional—, sino del encierro que cada uno traía por dentro. Después compartimos silencios. Diana ayudaba a la enfermera y a la Doctora Bosterman con el cuidado de los internos; era la única parte humana en ese espacio deshumanizado.

Días más tarde, Diana me comentó que la Doctora Bosterman tenía amistad con la Señora Valeria. Consiguió que pudiera entrar a verme. Valeria tenía un club de damas de la caridad que regalaba ropa y calzado a orfanatos, cárceles y hospitales —pretexto idóneo para donar unas camas de uso hospitalario. Pasó unos minutos, le preguntó a Diana por mis heridas y golpes, nos dejó chocolates, jugos en empaque de tetra pack y dos cartas: una de Valeria y una de Tini.

Le pedí a Diana que me leyera las cartas. La de Valeria la hizo llorar. La de Tini, reír.

—Esa Tini me quiere robar a mi marido —se burlaba de alguien que no conocía de vista, pero cuya pasión por mí reconocía en las líneas escritas con el alma.

—No te burles de Tini. No lo conoces.

—Solo es otro jotito raro para mí. Yo soy una mujer —se tocó los implantes con un gesto entre lujurioso y desafiante.

—Estas muy equivocada Diana, Tini es una niña maravillosa —Diana soltó una risita.

—¿Es niña o es niño? —comenzó a aplaudir, sarcástica.

—Es un varoncito que se siente niña.

—Ay, sí, mi novia Tini. Ya vi que su mamá es una señora ricachona, muy guapa, elegante, toda una dama. ¿Entonces el jotito se le parece? —hizo una mueca de burla.

—No, de la cara no. Pero tiene su color de piel, su cabello y sus ojos —Diana se reía con más fuerza.

—Me decepcionas. Entonces te gustan las turbias. Pensé que si te gustaban las mujeres, sobre todo, las maduras —se toco las caderas y acaricio sus muslos. Se dio la vuelta, fingiendo ofensa.

—¿A dónde crees que vas, pinche vieja loca? No me has dado de comer —giró y sonrió.

—Ahorita regreso amor, voy a ir a chupársela a un custodio, a cambio de un pollo rostizado para darle de comer a mi marido.

Esos días en la enfermería me la pasé como un rey. Me dieron de alta, pero seguía viendo a Diana en el patio. Un mes después la transfirieron a una sección de nuestro pasillo, donde la aislaron con Pato y otros chicos. Quedaban cerca del cuartel de custodios, por lo que comenzó a andar con un guardia de la aduana. Desde ese lugar, "la Diana y el Patito" nos conseguía lo que el reglamento prohibía pasar a la correccional. Entre esas cosas estaba el libro *La mano izquierda de la oscuridad*, de Ursula K. Le Guin. Pato lo tomó de una mochila que tenia un paquete de cigarros delicados, lo leyó y después me lo regaló.

Desde que apareció Diana en nuestra sección, la actitud de Pato cambió. Pero él y Diana se las arreglaban para maquillarse y aislarse del resto de la banda, por lo que yo me volví el segundo al mando. Se arrinconaban a cantar las canciones de moda en la radio; mientras se pintaban las uñas de los pies, cantaban *«Las mil y una noches»* del trío mexicano Flans. Me imaginé a la niña fresa de Tini en medio de las dos locas presidiarias, cantando con la misma pasión y entrega mientras hablaban de telenovelas.

Allí, en las pláticas de litera, uno descubre muchas verdades. Y finalmente, algo que no tenía nombre: una complicidad nacida de sabernos igual de perdidos. Pato entendía cosas que yo apenas empezaba a intuir. Sabía cuándo agachar la cabeza y cuándo sostener la mirada. Sabía, sobre todo, que la dignidad ahí dentro era un recurso escaso y que había que administrarla con cuidado.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí, Rodri? —Pato me decía así, de cariño.

—No sé. Ni siquiera me imagino ese día.

—Eres un perdedor. ¿Acaso no tienes sueños e ilusiones?

—No, no se me da eso. ¿Y tú, patito, qué vas a hacer?

—Yo… regresar al gimnasio, seguir adelante. En un mes cumplo 18 años.

—¿No que tenías 14, cabrón?

—No. Yo no estoy aquí con mi verdadero nombre. De hecho, Diana tampoco. Tú eres el único estúpido que da su nombre completo.

—No estoy tan maleado, Pato.

—Eres un coje-putas, eso es lo que eres. Nunca vas a dejar de ser un mayate, un chichifo, un hijo de puta que abusa de la soledad de una mujer… ¿Ya leíste el libro que te regalé?

—No. Lo voy a empezar a leer cuando salgas.

—No mames, cabrón. ¿Qué es tan importante que dejas de lado una historia que podría ser la nuestra, o la de otro par de pendejos aquí encerrados?

—Estoy leyendo la Biblia.

—¿La que te regaló la señora Valeria?

—Sí, esa mera.

—Ni modo. Yo no puedo darte lo que te da esa señora… pero te puedo dar lo mismo que te da Tini o Diana.

—¿De qué hablas, pendejo?

—Olvídalo. Eres un estúpido igual que todos los hombres… Déjame ver la Biblia.

—Toma.

La revisó por unos minutos, sus dedos pasando las páginas con una concentración extraña.

—Rodrigo Enrique… esta es la Biblia católica.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Cómo que cuál es el problema, pendejo? Es diferente a las que regalan los hermanos que vienen el domingo por la tarde.

—Chingada madre, cómo te gusta estar peleando por todo, cabrón. Pareces vieja —le dije, y él subió de un brinco a la parte superior de la litera.

—¡Te voy a enseñar a respetar a las mujeres, cabrón! —Me sujetó con todas sus fuerzas. Pensé que me soltaría un cabezazo, pero no.

Me besó.

Con la misma intensidad con la que lo hacía Tini. Esa técnica de cubrir toda la boca mientras se mete la lengua para frotar de forma sucia y lasciva. No recuerdo cuánto tiempo duró, pero me sentí tan bien. Era como entrar a escondidas a una vinatería y salir con una botella de rompope para tomártelo con hielo, mientras veías *Sledge Hammer!* en una televisión a color.

Es tiempo para escapar

La fuga empezó como un susurro en los pasillos. No era un plan, era un deseo compartido, una fantasía repetida en voz baja como se repiten los rezos cuando ya no se cree del todo. Salir. Cruzar el muro. Correr sin mirar atrás. Decir “libertad” sin ironía.

Todo mundo sabía que un día nos uniríamos para madrearnos con los custodios. Pato y Diana eran las mejor informadas; en esos tres a cinco minutos que duraban sus “visitas” con algunos guardias, alcanzaban a anticipar sus movimientos.

Pero la gota que derramó el vaso fue El Globie. Sufrió un coma diabético después de que lo obligaron a hacer ejercicio de más y lo dejaron sin agua ni comida en el apando por tres días.

Todos estábamos emputados. Mientras jugábamos en la cancha de terracería con otras pandillas, analizábamos la forma de sacarnos la espina, de vengarnos. No lo haríamos por heroicidad. Solo éramos chicos con muchos nervios, con la torpeza de cualquier jugador de fútbol llanero, y con un cálculo mal hecho.

Y así fue. Hubo un ruido inesperado que no debía sonar —la alerta de fuga, que siempre estaba descompuesta, ese día funcionó—. Pasos de guardias, apoyados por granaderos, corriendo hacia nosotros, nos superaron en numero y el sueño de la libertad… alejándose. La fuga duró solo dos minutos. El castigo, semanas.

Nos separaron por un tiempo, pero ya era tarde: algo se había sellado. La miseria compartida se había convertido en vínculo. No en amistad, no todavía. En algo más denso y más oscuro: una lealtad, forjada entre todos esos chicos detenidos, nacida del fracaso.

Aprendí entonces que hay fugas que, al fallar, se vuelven permanentes. Que no salir físicamente no significa quedarse intacto ante el horror de ya no encajar en ningún lugar. Algo de mí escapó ese día y no regresó jamás. Esa breve fuga no buscaba solo escapar del lugar, sino ser una emanación, salir por primera vez del destino escrito por otros.

Lo curioso es que Diana salió unas horas antes de la alerta. Nadie supo, o nadie recuerda, cómo desapareció el día de su cumpleaños. Tal vez ese fue su regalo. Probablemente ella revelo el plan, aunque surgía la pregunta: ¿Por qué no se libero a Pato también? Lo bueno fue que el Globie salió con vida del hospital

Pasaron unos meses más y Pato también salió. Supuestamente antes de cumplir los 16 años falsos que tenía en su expediente; en realidad ya tenía 19. Cuando lo llamaron por su nombre —por su apodo— no sonrió. Me miró una sola vez, como si quisiera decir algo importante y no encontrara el idioma. Luego se fue. La puerta de la correccional se cerró detrás de él como se cierran las bocas: con ruido seco.

El resto de la banda salió poco a poco. Yo fui el último. Todo lleno de trabas, trámites y más pretextos. “Un trámite más y ahora sí ya sales, Granda”, dijeron. “Te vamos a dar una oportunidad para demostrar que ya cambiaste, Rodrigo”, me dijeron el último día. Salí sin ceremonia, sin disculpas. Afuera, la vida seguía funcionando con una crueldad impecable. Caminaba entre la gente con el cuerpo libre y la cabeza aún encerrada. Crucé la calle para tomar un microbús hacia el metro C.U.

Pasó un camión de la Ruta 100, lleno de porros de la Prepa 5, con rumbo al clásico Pumas-Poli. Me subí. Solo en ese momento, rodeado de ese caos tan familiar, me sentí seguro y libre. Pero a los “vaqueros locos” de Coapa se les hizo fácil entrar con el camión al Aurrera que estaba enfrente de Perisur. Tras una osada maniobra para cambiar del carril hacia el norte —en vuelta en U— al carril hacia el sur, los tamarindos comenzaron a radiar y a pedir apoyo. Llegaron los granaderos y terminamos dándonos unos buenos madrazos con ellos. Se llevaron detenidos a los demás; a mí me dejaron ir porque me vieron muy chico entre tanto ruco de treinta o cuarenta años. Me salvé por verme aún como un chavito.

Me subí a un microbús con el letrero de San Ángel. Fue cuando recordé que el Filósofo me contó que su papá tenía puestos en el mercado. Así que me moví para allá, a ver qué pasaba.

El pinche Filósofo andaba en chinga loca, repartiendo pescados fritos. Se mochó con unos. Me preguntó por qué andaba solo. La verdad es que mi madre fue por mí, pero empezó a condicionar mi regreso a su casa. Me dijo que mejor me fuera con mi abuela. Por eso estaba solo. Sí pensé en ir con ella, pero cuando se cruzó el camión… la maldad, la travesura, la aventura eran más fuertes.

Mientras comía esa delicia de pescados fritos, el Filósofo me anotó las direcciones de toda la banda. Unos vivían cerca del metro Oceanía, otros del metro Moctezuma y otros del metro Morelos. Pero en realidad me interesaba más la dirección de Pato. Así sería más fácil llegar con Diana y, de paso, pasar a ver al Comanche.

El Filósofo me regaló unos cuantos billetes de mil pesos para moverme, pero tanto encierro me hizo decidir irme caminando.

Caminé hasta llegar al metro Barranca del Muerto, transbordé en Tacubaya para llegar al metro Moctezuma. Salí por las escaleras equivocadas. Caminaba del lado de la Balbuena, así que tenía que cruzar el puente o torear a los autos que, a toda velocidad, venían de todos los sentidos.

Y fue desde la claridad y altura del puente que vi un novedoso letrero de neón en colores rosa con azul pastel de una estética que decía “Dorian’s”. En ese preciso instante recordé que Pato tenía una prima de nombre Dorian, y que en la estética de su prima conoció a Diana. Allí solían juntarse para arreglarse e ir al Dandys a dar show travesti. Al llegar al local, la cortina estaba a la mitad, pero se escuchaba la música salsa a todo volumen, salía humo de cigarro, y había gritos y risas adentro. Pegué con fuerza en la cortina. Alguien gritó: “¡Pasa!”. Subí la cortina.

Y allí estaban. Diana, impactante, bella, hermosa, con su cabello hasta la altura de la cintura cortándole el cabello al Comanche.

En ese instante, reaccione de que mi vida, a pesar de todo, tenía una curiosa facilidad. Y que a veces un error viene acompañado de un acierto. Si hubiera salido por la escalera correcta, no estaría frente a los dos grandes apoyos que me facilitaron la existencia, primero en el tutelar y luego en la correccional.

Ficha bibliográfica

Título: *Tríptico del umbral*
Autor/a: Sokoły
Fecha: Siglo XXI (2024)
Tipo de obra: Fotografía digital
Género: Fotografía documental / arte urbano
Soporte: Archivo digital (imagen fija)
Color: Color
Dimensiones: 1:1
Cámara Fotográfica: Canon PowerShot Digital Camera [G7 X Mark III]
Lente de la cámara: Gran angular, 24 milímetros
Procedencia: Hacienda de Cholul - Ex Hacienda de Cancabchén de Casares. Espacio urbano abandonado (arquitectura en ruinas)
Idioma visual: Simbólico, narrativo, muralista
Derechos: © TRASMVTATO

Ficha descriptiva

Descripción general:

La imagen muestra a una figura humana de espaldas, sola, detenida en lo alto de una escalinata interior de un edificio abandonado. Frente a ella se alzan tres murales monumentales dispuestos como un tríptico, inscritos en arcos arquitectónicos que evocan una antigua capilla o nave industrial reconvertida por el tiempo y el abandono. La escena está cargada de una atmósfera ritual: el espectador parece asistir a una iniciación silenciosa.

Descripción iconográfica:

Panel izquierdo: Figuras humanas desnudas estilizadas, envueltas en formas orgánicas y ondulantes, bajo un árbol o elemento vegetal. Predominan los tonos dorados y ocres. Evoca origen, naturaleza, trabajo o sacrificio primigenio.
Panel central: Multitud de rostros y cuerpos superpuestos, en una composición densa y caótica, con predominio de rojos, azules y amarillos. Representa lo colectivo, la historia humana, la masa, la memoria compartida y el conflicto social.
Panel derecho: Esqueletos danzantes o en actitud de alzamiento, sobre un fondo rojo intenso y negro. Alude a la muerte, la violencia, la destrucción o el juicio final.

Composición:

La figura humana en primer plano actúa como eje de lectura y mediador entre el espectador y la obra mural.

La simetría arquitectónica refuerza la idea de tríptico sacro, mientras que la escalera funciona como metáfora de ascenso, tránsito o confrontación interior.

Interpretación simbólica:
La fotografía dialoga con la tradición religiosa del retablo, reinterpretada desde el arte urbano contemporáneo. Vida, sociedad y muerte se presentan como estaciones inevitables del recorrido humano. El personaje de espaldas no domina la escena: la contempla. No impone sentido, lo busca. La ruina no es decadencia, sino archivo vivo; el mural no decora, acusa.

Ambiente y tono:
Melancólico, solemne, introspectivo. El silencio pesa tanto como el color. Es una imagen que no grita: espera.

Capítulo 3

Les había dicho que meses más tarde lo reencontré.

Ya no era **Pato**.

Ahora era **Patsy**.

El nuevo nombre no negaba al anterior: lo explicaba. Había en Patsy una determinación que antes solo existía como intuición. Una forma de habitar el cuerpo sin pedir permiso. Nos reconocimos sin sorpresa. Hay vínculos que no necesitan actualización: sobreviven al tiempo como sobreviven las cicatrices.

Era el cumpleaños del Comanche, y por casualidad —o por cálculo— coincidía con la fiesta de **la Santa Muerte** y, para fortuna, con la caída de la Unión Soviética. Habría *cascara, refin y tibiri tabara*. Todos llevarían sus mejores garras, todo *made in Tepito*, con la promesa de una fiesta única e irrepetible.

El partido de fútbol en las canchas de terracería abría los festejos. En el equipo del Comanche jugaban varios ex integrantes del Batallón Olimpia y de Los Halcones. En el equipo rival, Don Luciano y antiguos miembros de la DFS y la DIPD. El árbitro sería el **Guacho**, un ex escolta del presidente Miguel Alemán, y los jueces de línea, dos *tamarindos* que habían sobrevivido a la purga del General Durazo.

Yo estaba en las gradas con el resto de la banda. Había venido toda la clica que conocíamos, tanto del rumbo como del tutelar y la correccional. Con varios me había dado en la madre, pero eso había sido allá adentro. Aquí nos cuadrábamos con los chingones que jugaban en la cancha. El único inconveniente era cuando un balón caía al agua pestilente del gran canal del desagüe, ya que estaba a la intemperie.

Ray el Rata quiso lucirse sacando la pelota de entre la mierda y los animales muertos, para agradar a su *jefe*. Desde entonces, su relación con la peste fue romántica. No quería bañarse, por lo que el Comanche, al final del partido, sacó una manguera, unas escobas y jabón Roma en polvo. Lo bañó con un odio y un desprecio que helaban, por haberlo dejado en ridículo. Luego lo hizo correr desnudo hasta la vecindad que se caía a pedazos desde el terremoto.

Patsy gritó desde la vecindad: "¡Miren su pitito de niño!". Todos rieron, más porque Ray el Rata era de esos güeros de rancho que se sentía el *Pirruris* del barrio. Pero fue bueno el castigo; así nos libramos de él unas horas.

Pato —o Patsy, a partir de esa noche— me sentó en su mesa. Me trajo un plato de arroz con mole de guajolote y frijoles, y me dio una Coca-Cola bien fría. No sabía si estaba fría por el clima o por la hielera donde tenían también la cerveza. El frío hacía contraste con el plato, que echaba vapor de lo caliente que estaba todo. Le grité, porque la música sonaba muy fuerte:

—¡Y las tortillas bizcocho!

—Ahorita —me contestó, emocionada de que la piropeara.

Y eso que aún no se terminaba de arreglar para el Show. Patsy sería Laura León, Diana sería Thalía, y Dorian, Gloria Trevi.

Fue Dorian quien me llevó las tortillas. Me dijo:

—A ver cuál de tus putitas sabe hacer tortillas, cabrón.

Tomó una tortilla, le puso arroz de mi plato y la coronó con el mole. Me la colocó en la boca para que la mordiera. Una vez que la mordí, se dio la vuelta para seguir arreglándose y se terminó de comer lo que quedaba del taco. Movía su tremendo trasero al ritmo de "Que vuela paloma, palomita, pa'l palomar"

El **Globie**, con el corazón destrozado, me dijo:
—Chale, culero. A mí ni me habla. Me la ganaste limpio.

Y como la amistad que surge entre las rejas es lo más importante, le dije al Globie:

—Yo no ando con ella, carnal. Pero haz la lucha. Está sabrosa, pero me dobla la edad. Además, fue la vieja del **Grifo**. El Grifo está guardado, y cuando salga, ¿dónde crees, que va a ser el primer lugar en ir?

El Globie me contestó:

—Tienes razón, carnal. Ese pollo ya está muy rostizado.

—Agárrala peda —le contesté—. Igual y así se le quitan las ganas al cabrón.

El Globie y yo seguimos cenando. No hablamos mucho del pasado. No hizo falta. La fuga fallida seguía ahí, latiendo debajo de todo, como un motor viejo que nunca se apaga del todo. Cada decisión posterior llevaba su eco. Cada exceso, cada lealtad, cada caída.

Además, se veía que la diabetes lo estaba empezando a afectar. O quizá eran las secuelas de la sífilis que traía desde antes del tutelar, y cuyo tratamiento no fue el adecuado. O no le querían decir qué más tenía. Tenía alucinaciones a veces, miradas perdidas.

El Comanche me mandó a llamar, así que en cortina me lancé a su mesa.

—¿Qué hay que hacer, mi Comanche?

—Mijo, mi corregendo favorito. Ve por el pendejo de la Rata y dile que me traiga en chinga, pero a la de a huevo, el teléfono portátil con los metros de cable que compré. También la extensión y los radios. Y si no quiere, le das tres inflas al cabrón, de cada lado.

—Sí, mi Comanche. Se ejecuta la orden.

—¡Ya ven cómo este pedazo de cabrón sí tiene futuro! —gritó a todos en la mesa—. Cómo me hubiera gustado tener un hijo así de chingón, no que Dios me castigó con la Rata… ¿Qué hice, Dios mío, para tener un putito que solo quiere tocar su guitarrita y sentirse Axl Rose? Al menos mis sobrinos tienen los huevos para vestirse de mujer.

Pude burlarme, decirle que lo corriera de su casa y ocupar su lugar. Pero esas mamadas no van conmigo.

Fui con toda la calma del mundo. No para que se tardara la Rata en cumplir la misión, sino porque tenía que pasar por la recámara donde se estaban vistiendo para el Show. Claro que me gustaba Dorian, más que Diana. Y Pato —o sea, Patsy— era mi amiga, mi mejor amiga.

Ya andaban borrachas y, para darse el *bajón*, se habían empezado a polvear la nariz. Dorian me arrinconó y, con su uña postiza, me dio un poco de talco en el dorso de la mano. Luego, deslizándola por mi pantalón, me dejó las llaves del cuarto donde dormía.

—Cuando acabe el Show —me susurró.

Me seguí de filo a la recámara de Ray. Como todo buen *junior*, se estaba poniendo su ropa nueva, recién comprada en El Palacio de Hierro. Se echaba loción y spray Aqua Net en el pelo para darse volumen. Conmigo siempre se le salía lo puto.

—Roycito, qué bueno que vienes.

—Apúrate, cabrón. Tu jefe quiere de pie su centro de Telecomunicaciones. Ya sabes que no le gusta estar incomunicado.

—Ahorita, que se espere. Me estoy cambiando.

—¿Y esta mamada? —señalé una batería en un rincón—. ¿A poco ya vas a tocar la batería también?

—Sí, me la vendió el hijo del Guacho. Quiero armar una banda, y que tú seas el vocalista.

—Ya déjate de mamadas y apúrate. No me gusta pegarte.

—Espera, ya casi termino. Tengo un regalo para ti—sacó una caja con empaque y moño de El Palacio de Hierro.

—¿Y eso?

—Es tu regalo de Navidad —me miró con su cara de idiota, aunque él decía que era su mirada de estoico.

—A ver —abrí el regalo con tal de que se apurara. Era un reloj Swatch—. Está chingón. Gracias, Ray.

—Déjame te lo pongo —era evidente que la Rata estaba haciendo tiempo para poder tomarme de la muñeca.

—¡Apúrate, cabrón! —le grité con fuerza.

Entró Dorian con dos caballos de tequila. Me dio uno y dijo:

—Brindemos por tu libertad. —Luego, mirando a Ray—: Y tú, pinche marica, apúrate con los radios, que mi tío ya se encabronó.

La Rata salió con toda rapidez a realizar el mandado. Dorian, rápida, le metió el pie para que tropezara. Se puso de pie y corrió por una caja vacía de botellas de Solera de Bacardi.

—Qué bonito reloj, Rodrigo Enrique. No te lo había visto.

—Me lo acaba de regalar tu primo.

—Mejor dicho, mi *tío*. Así que le das las gracias a él. —Su mirada era irónica, cómplice—.

—¿Y a qué hora empieza el Show?

—El nuestro —dijo Dorian, acercándose con una mirada poseída— empezó desde que Pato y la Diana me metieron tu nombre cuando estamos de putas afuera del Dandys. El de mi tío, en unos minutos.

Este capítulo es un excelente puente entre el pasado encerrado y el presente en libertad. Muestra cómo las relaciones, jerarquías y lealtades de la correccional se trasladan y se transforman en el exterior, en un contexto de celebración que es también un campo de batalla social. La escena final con Dorian es particularmente poderosa, mezclando atracción, complicidad y la promesa de un futuro inmediato, todo envuelto en la atmósfera cargada y peligrosa del mundo del Comanche.

Al terminar el Show llegaron los mariachis. El Comanche me pidió que cantara un poco. No pude negarme, así que durante una hora le interprete las canciones de Javier Solís que le gustaban, trago tras trago de **tequila Cazadores**.

Pero ya estaba impaciente su mujer oficial, **la Gringa**. Era fan de la Sonora Santanera y había llevado a un grupo que sonaba idéntico. Quería bailar con el Comanche las canciones con las que la enamoró en el **cabaret El Capri**, antes del temblor. Por eso Ray el Rata salió güero y bueno para el inglés. De las gemelas que tuvo con ella nadie dudaba —se parecían al Comanche en actitud y mirada—, pero de Ray… todos dudaban.

Más aún cuando el Comanche le disparó a un músico que intentó escapar durante un robo de la banda de Ríos Galeana. Según la versión que apareció en *La Prensa* y en *Alarma!*, el músico —al que le decían **el Rielero**— era parte de la banda. Pero nadie lo vio entrar ni salir del banco. Apareció días después, fugado del hospital, con el tiro de gracia, en el Río Tula. El Rielero llego con la Gringa al cabaret como su Mananger, dormían en la misma habitación de hotel, así que el Rielero se interponía entre la Gringa y el Comanche. .

Esa historia negra me la había confirmado Patsy el último día que dormimos juntos en la correccional. Tenía miedo de salir, no sabía qué iba a pasar. El Comanche lo había rayado chido con una buena feria que su mamá guardó. Con eso se armó un puesto chido en La Lagunilla; movía cosas de arte, y de chueco también. Pero lo que no le gustaba era saber que Ray el Rata volvería a hacer lo mismo.

Ray le había puesto el dedo a un morro cuyo papá era fayuquero, pero el Don tenía paros con la PGR, así que no dejó impune el secuestro de su hijo. El Comanche sabía que su "hijo" no aguantaría el tutelar ni mucho menos la corre, por eso le ofreció a Pato hacerse pasar por él mientras se enfriaba el pedo.

Ese día me quedó claro que no podía confiar al cien por ciento en el Comanche, pero era la única salida para nuestra banda, por el momento.

En lo que quedó de esa noche, no volvimos a hablar del Comanche ni de Ray el Rata. No hacía falta. Algunos nombres se pronuncian una vez y luego se dejan pudrir solos con el pasar del tiempo. Platicamos de otras cosas, de qué haríamos como amigos al salir. Tenía ganas de boxear con él, de ir a un ring, al ring donde él entrenaba.

Por eso, cuando quedé libre de seguir cantando y vi que Dorian estaba bastante peda, le di la llave al Globie para que tomara mi lugar. Tomé a Pato de la mano, fuimos a su recámara a buscar sus guantes y nos dimos en la madre en su cuarto. Me volvió a madrear como siempre, pero duré más tiempo peleando con él.

Yo no podía verlo como él deseaba. Patsy quería que la tomara con la pasión con la que lo había hecho con Diana en la correccional y con Dorian ahora que estaba libre. Pero Pato necesitaba más a su único amigo, con el que podía ser ambas máscaras. Además, yo no tenía interés por él; lo de la correccional fue un momento de búsqueda, de exploración.

Y la plática que tuvo con la Señora Valeria y Tini cuando salió antes que yo le hizo darse cuenta de que yo no pertenecía a ese mundo. Que me tocó la de perder, *hoy mañana y siempre*. Y que, lamentablemente, cuando el árbol de la vida de una persona está podrido desde la raíz, nada se puede hacer. No dará frutos, ni sombra, ni para leña sirve.

Así nos mirábamos, otra vez con los ojos llenos de lágrimas y el corazón roto, viendo el amanecer juntos. Como dos gladiadores esperando la próxima pelea.

Pero el Globie salvó la situación. Salió del cuarto de Dorian con una cara de felicidad que nunca le volvimos a ver. Me devolvió la llave y nos dijo:

—¿Por qué lloran, pinche par de putos?

—Porque quiero, culero —dijo Pato.

—En lugar de que me des las gracias por pasarte a la Dorian, pinche mal amigo —le dije con tono de burla.

—No mames, pinche Rambo. ¡Qué buena está tu vieja! —solo la mafia me decía así.

—Buenas están las carnitas, que aun no te quieres comer tú, culero —Patsy le agarró la mano izquierda y la metió debajo de su short para frotarla contra sus nalgas.

—¡Pinche Patsy, estás bien nalgona! ¿también te hiciste las nalgas con el mata bellas? —el Globie andaba bien cruzado.

—Te dio perico mi pollo la Dorian, ¿verdad, ojete? —me empecé a reír.

—A huevo. Me la voy a padrotear —se le salían los ojos.

—Vas. Tráela en chinga a la culera. Ya no vas a ser el Globie, ahora vas a ser **el Vaselina**, padrote de las ficheras —le dije para seguir echando relajo.

—¿Señor Vaselina quiere ser mi padrote también? —Patsy se rió—. Va, va. Échenmelas a todas. Me van a cantar "Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar"

Y justo cuando estábamos en la mejor parte del desmadre, salió Ray el Rata de su cuarto para vomitar. Desde el barandal del primer piso, bañó a los briagos que estaban dormidos en las mesas de abajo. Estaban tan perdidos que ni sintieron el vómito. Los tres nos empezamos a reír y caminamos hacia Ray.

Lo llevamos a su recámara entre los tres. Lo acostamos en un sillón para que no se ahogara. *Nosotros no somos como él.*

Con el tiempo entendí que todo había comenzado ahí: en esa traición, en ese silencio pagado con encierro, en esa adolescencia sacrificada para sostener una mentira ajena. Aquella fuga buscaba huir de una narrativa impuesta. No lo logramos. Pero en el intento se escribió algo más fuerte que el expediente: una historia que nos acompañó hasta el final de la banda, con la rotación de la presidencia de la republica y la muerte del Comanche.

La cruda

Ya casi era mediodía. Tenía dos opciones: quedarme en la vecindad, que también era el búnker del Comanche, o ir a la casa de Tini en Santa Martha. Allí habían construido un salón de fiestas con un corral y alberca. Toda su familia estaría presente. Tenía ganas de ver a su mamá, de darle las gracias por tratar de verme, y también de platicar con Tini, de besarme con sus primas trillizas. Allí, la otra máscara estaba esperando ser develada.

Caminé hacia el metro Aragón y subí al *chimeco* que me dejaba en la entrada del lienzo charro particular de la familia Zámolo. Los guaruras de los abuelos de Tini eran ahijados de Don Luciano, así que al verme me saludaron con la contraseña de la mafia de la **gorra Gris**. La gorra Gris fue la banda antecesora a la del Comanche; heredaron los códigos, ritos y negocios del primer clan. Todos eran familia, todos eran amigos. Yo aún era aprendiz; por eso solo sabía lo aparente de la pandilla, lo visible, lo que se puede mostrar. Los otros dos niveles siguientes aún eran desconocidos para mí.

Tini lucía ropa de un mall de su último *shopping* en Texas. Sus primas trillizas también. Tini y sus primas eran los únicos chicos en la fiesta; el resto eran los abuelos, las hermanas de Valeria y las primas de Valeria. Valeria estaba en la cocina dirigiendo el banquete. La hora de la comida estaba por comenzar.

Entré sin pedir permiso a la cocina. Me paré frente a ella y le dije:

—Val… sorpresa.

—¡Rodri! Mi amado Rodri. Te esperaba desde ayer —me abrazó. Sentí todo su calor y amor desprendiéndose de ella. Huele mucho a cigarro y alcohol fino.

—¿Te ayudo en algo?

—No, no. Acompáñame mejor a ver la sorpresa que tengo para Tini.

Caminamos hacia el potrero. La propiedad era enorme, con vista a los volcanes. En la caballeriza estaba un caballo blanco andaluz.

—¿Crees que le guste a Tini?

—Yo creo que sí. Es muy bello.

—Me da gusto que estés aquí. Queríamos verte el día de tu liberación, pero… pero ya se me olvidó qué hicimos —se le notaba que estaba ebria, cansada, desvelada.

—¿Qué te pasó? —aunque usaba lentes oscuros, unos Ray-Ban de mariposa, se notaba el golpe en su ojo izquierdo.

—Nada, Rodri, nada. Me caí en el baño y me pegué en el ojo. Es todo.

—Señora Valeria, he estado detenido casi dos años, viendo cómo se van desvaneciendo los golpes. No quiera engañarme —era la segunda vez, desde hacía más de tres años que la conocía, que le hablaba de *usted*.

—Rodrigo Enrique… hay cosas que una mujer tiene que tolerar. Solo te pido que nunca lastimes a Tini. ¿Sí sabes de qué te estoy hablando?

Me quedé callado. La verdad, no sabía qué decir ni hacer. Pero la imprudencia de Tini irrumpió la incomodidad.

—¡Bu! Ya los vi… ¿Qué es eso, mamá?

—Tu regalo de Año Nuevo. Te lo da tu abuelo porque te ama.

—¡Eh! ¡Viva el anciano decrépito!

—¡Tini, no le digas así a tu abuelo! Haz algo, Ro. Solo a ti te obedece. Yo soy una mujer débil.

Tomé a Tini del brazo. —Ya quisiera yo tener un abuelo. Respétalo.

Tini frunció la nariz en forma de burla. Su abuelo apareció tras la caballeriza, acompañado de un mesero.

—Tini, mi nieto más querido, ¿por qué no sacas la silla para Citation?

Tini corrió por su montura charra.

—Papá, es una silla muy pesada para Tini. ¿Por qué no dejas que Ro lo haga?

—¿Sabes montar, *reo*?

—¡Papá, qué cosa más horrible dices! Ro es un buen chico. Él no hizo nada malo —Valeria me abrazó con ternura y acariciaba mi cabello.

—Está bien, está bien. Que este *azteca* le ayude a mi débil nieto. Solo espero que tampoco necesite la ayuda de él la noche de su boda —se me escapó la risa.

—Sí, abuelo, que me ayude Rodri. Él es fuerte, me defiende de otros chicos cuando quieren golpearme.

Me quedé pensando, en ese momento, qué habría hecho Tini en mi ausencia para que no se lo madrearan en la escuela.

Cargué la silla y Tini me indicó cómo colocarla. Le ayudé a subir a Citation y lo dirigió hacia la caballeriza. Regresé con Valeria y su padre. El mesero servía cognac Hennessy XO en tres copas.

—Así que tú eres el famoso Rodrigo. ¿Cómo está mi compadre el Comanche? —extendió su mano, ofreciéndome una copa.

—Bien, señor. Bien. Ayer fue su cumpleaños, fue un gran evento —tomé la copa. Valeria se acerco a mi, puso su cálida mano en mi hombro, note que tenia los dedos con ampollas y las uñas quemadas.

—Cuando te vayas, me avisas. Le quiero enviar contigo un regalo —alzó su copa. Valeria también. Y, por supuesto, yo.

—Papá, Ro lo hará bien. Ve cómo saborea, cómo inclina la cabeza, trata de buscar la esencia, los recuerdos. No sabe aún qué es la alquimia oscura, pero yo tengo toda la intención de moldearlo.

—Ese es tu problema. Pero ya que Tini es un fracaso, alguien debe tomar su lugar.

De nuevo, Tini interrumpió. Quiso desmontar sin ayuda de nadie y cayó de espaldas. Su llanto de niña histérica rompió el inicio del misterio que me rodeaba. Corrimos, sin soltar nuestras copas, hacia él. Su mamá empezó a revisarlo; no tenía nada visible, pero…

—Mamá, que me cargue Ro a mi recámara.

—Sí, Ro. Llévalo, por favor.

Lo cargué de bombero. Sus primas, las trillizas **Ardohain, Zaira, Eugenia y Pamela**, comenzaron a réirse de la tragedia Tini.

—Yo también me voy a caer para que Ro me recoja —dijo Zaira.

—Vi una película donde un presidiario sale después de diez años y no sabía para qué servía una mujer. Se acostumbró a estar con maricas —dijo Eugenia.

—Yo digo que vistamos a Tini de Escaramuza, ya que le encanta andar agarrando la reata para flagelarse —mencionó Pamela mientras abría la puerta de la recámara de Tini.

Dejé a Tini en su cama. Tomó su peluche con forma de unicornio. Las trillizas seguían burlándose. Tini me pidió que lo cubriera con una manta de Ositos Cariñositos. Me senté en el sillón de al lado y les dije a las trillizas:

—Ya estuvo bien, chavitas fresa. Déjenlo en paz.

Los ojos de Tini brillaron.

—Te sientes muy macho porque a los 15 ya eres un presidiario —mencionó Eugenia. Eugenia era la más alzada.

—Claro. Por eso tengo mi propia banda. Todos me obedecen y me seguirán hasta el fin del mundo.

—¿Y cómo pueden seguir a un indio insolente como tú? —reiteró Eugenia, cruzando los brazos.

—Porque al que no hace lo que yo digo, lo madreo.

—A mí no necesitas obligarme, Ro. Yo te obedezco en todo lo que me pidas —Zaira dijo con picardía.

—Ves, Eugenia, tu hermana sí sabe obedecer a un hombre.

—Es una golfa. Se besa con cualquiera topil como el Rodrigo —Eugenia espetó, mientras Zaira se empezaba a pintar los labios.

—Eugenia, ¿cuál es tu problema conmigo?

—¡Me caes mal! ¡Me caen mal los nacos como tú! —salió de la habitación y azotó la puerta.

—No le hagas caso, Ro. Está encabronada porque ya te besaste con nosotras y con ella no —Pamela dijo mientras se miraba en el espejo y cepillaba su cabello.

—Pero yo lo besé primero. El es mío. Solo mío de mí —Tini comenzó a llorar.

En ese momento, Eugenia entró a la habitación llorando y mirándome fijamente. —Ro, ya en serio… ¿qué se siente estar preso?

Justo tras Eugenia, venía Valeria. Al parecer, había estado en el pasillo escuchado toda nuestra conversación anterior.

Fue una plática amena e increíble. Tuve que moderar mi lenguaje y omitir la parte más explícita de mi experiencia, por respeto a Valeria. Había algo raro en su mirada que los golpes —evidentemente dados por su esposo— no podían ocultar por completo. Además, las trillizas estaban pasando un mal momento; su papá estaba detenido con **"La Quina"** y tenían que dividir las visitas familiares con su otro matrimonio. Y Tini… bueno, Tini me había invitado a quedarme unos días en su casa de San Jerónimo. Así que, con calma, podría platicar con **"mi nena"**, ya que le gustaba que le susurrara al oído: *"Eres mi nena"*.

Ya que no iría de forma directa a ver al Comanche como lo quería el abuelo, Valeria tomó las llaves del Mercury Grand Marquis para llevarme. La cajuela venía llena de fayuca para el Comanche: botellas de Coñac, Whisky, videograbadoras, hornos de microondas, televisiones a color, reproductores de LaserDisc y Compact Disc, autoestereos y cigarros John Player Special en bote de 50.

El abuelo me regaló una chamarra de mezclilla azul petróleo de **Marithé + François Girbaud** —la de moda entre los *juniors*—, mientras que Valeria me dio unos tenis Fila negros. Tini venía dormido en la parte trasera. Llegamos a la vecindad del Comanche a entregar el encargo.

—Buenas tardes, Comandante. Ya le traje sus recuerdos del otro lado. Todo *made in Japan*, como a usted le gusta —dijo Valeria mientras el Comanche le besaba la mano.

—Señora Valeria, usted es como el sol, siempre iluminando con su brillo a los noctámbulos como yo —el Comanche de día siempre usaba sus Ray-Ban de piloto; lo suyo era cuidar la ciudad de noche. O en caso de una emergencia salir de día.

—Comandante, Usted siempre es todo un caballero. Le voy a pedir a Ro que baje las cosas.

—No, no, no. Mi Señora Valeria, mi ahijado no es ningún cargador. ¡Rambo! Vete por los muchachos y que se traigan el *diablo*.

Me fui por los primos de Dorian, porque a Ray el Rata se le caen los brazos solo con cargar su mochila de la escuela. Regresé, y el Comanche le dio una pequeña bolsa de cuero a la señora Valeria. La guardó en la guantera y me indicó que subiera al coche. El Comanche se acercó a mi lado.

—Te encargo a la Señora Valeria. Toma mi nueva tarjeta, ya trae mi numero de Iusacell. A la vuelta trae las nuevas claves de los radios, por si las dudas —la tomé y la guardé en mi billetera.

—¡Qué chingón se ve tu nuevo reloj, ahijado! ¿Esa chamarrita y esos tenis? ¿Quen pompo?, ¿quen pompo? —apenas le iba a contestar cuando Valeria me ganó la respuesta en el aire.

—Yo, Comandante. Ro es el mejor amigo de Tini, y Tini lo conoce a la perfección. Hasta su número de calzado sabe. ¿Usted cree que este jovencito calza del 8?

—Pinche ahijado, calzas grande. Nada más no vayas a querer pisar a la Señora Valeria… sin zapatos de látex —Valeria empezó a reír, un poco nerviosa.

—Comandante, ¿cómo cree usted eso? Él es un caballerito. Lo aprendió de usted —Valeria se sonrojó y se quitó los lentes.

—Señora Valeria, la próxima vez que le pegue su marido, lo voy a encerrar un pinche mes, es en serio, porque donde yo lo vea, no se la va a acabar —Valeria se quedó seria, el color desapareciendo de su rostro.

—No, Comandante. No es necesario. No lo volverá a hacer.

Tomamos rumbo por el Eje 2 Norte para subir por Molina al Circuito Interior. Reinaba el silencio. Valeria empezó a chocar los dientes. Saqué un bote de cigarrillos y encendí el primero con el encendedor del tablero. Se lo di a Valeria. Lo tomó como si fuera una medicina para el alma, sacó el humo con un golpe fuerte. Yo saqué otro para mí. Quería que me regañara, que me castigara, que me tratara como la infeliz de mi madre, a golpes y regaños hasta por estornudar. Pero no. Solo me dijo lo siguiente:

—Ro, ¿te gustan las hamburguesas de McDonald's?

—No las conozco.

—Pues ahora las vas a conocer. Pero primero pasemos por gasolina… o mejor, nos estacionamos para terminarnos nuestro cigarro.

—Claro. Por supuesto.

—Sabes, Ro… sé que no dijiste todo lo que te pasó allá adentro. Pero quiero que sepas que me puedes contar toda la verdad. Mira, esa muchachita de la enfermería… no me agrada para nada. Siento que te está distorsionando sobre lo que es una mujer de verdad.

—No te entiendo.

—Mira, Ro. Sé que te has besado con dos de mis sobrinas, y que Tini está enamorado de ti. Me da miedo que le hagas lo que probablemente ya estés haciendo con la muchachita esa, o con la Patita. No me gustaría que Tini viviera tu experiencia.

—Ya entendí. Pero… no ha pasado de unos besos. Un día intentó masturbarme cuando estábamos dormidos. No supe qué hacer, pero tampoco puedo negar que si me gustó.

—Mira, Ro, Tini ha visto a su papá drogándose con mujerzuelas, bajo pretexto de que "lo quiere hacer un hombre". Además, el Comandante me platicó lo que te hicieron, mientras te tenían sometido entre varios chicos. Tengo miedo de que Tini pase por una situación así.

—No recuerdo qué pasó. Solo que me tuvieron que poner un punto… en el ano. Cuando desperté, me lo dijo la Doctora Bosterman. No sé quién fue. Y el día que me entere… —la frase se me quedó trabada, llena de una raíz oscura que aún no podía nombrar.

—Mamá, ya tengo hambre otra vez. Ro, ¿por qué estabas fumando? La boca te apesta a cigarro —Tini se despertó, interrumpiendo la confesión a medias. Puse la colilla en el cenicero.

—Tini, ¿qué te parece ir a McDonald's?

—¡Sí, vamos, madre! Me gusta la idea.

—¿Puedes creer que Ro no conoce McDonald's? —Valeria lo dijo con sorpresa, yo me reí. Mi condición social nunca me había permitido siquiera pensar en esos lugares.

—Ro, tienes que pedir una malteada. Yo te quería invitar desde hace mucho —Tini sacó goma de mascar y me dio una.

—Ro, antes de arrancar, ¿me puedes ayudar a quitarme la chamarra? Comienzo a sentirme muy acalorada —dijo Valeria.

Giro y la ayudé a quitarse la chamarra, mis manos tocaron las suyas soltando una descarga eléctrica. Le arrojo la chamara a Tini, quien la atrapó entre risas. Se sujeto el cabello con una dona, mientras me sonreía con una expresión que no supe descifrar: ¿gratitud? ¿complicidad? ¿advertencia? Luego con un gesto juguetón, me aventó su argolla de matrimonio.

Mientras comíamos las hamburguesas, Valeria sugirió rentar unas películas en Video Centro. Yo no conocía las videocaseteras, ni Beta ni VHS; eso era un lujo para ricos, o un artículo de fayuca comprado en Tepito con el riesgo de que la chota te agarrara, o, peor aún, que los judas te llevaran por contrabandista. Mientras Tini llevaba películas de Disney, Valeria me preguntó si quería ver *Once Upon a Time in America* con ella. Le dije que sí, aunque honestamente no sabía de qué trataba. Me apretó una mejilla y me dijo:

—Rodrigo Enrique, hoy, cuando me miraste tras la puerta, después de bañarme, cuando se me cayó la toalla… me miraste como *"Noodles"*, y te escondiste como él. —Sí, así fue. Me dio miedo, pero lo admití.

—Perdón, no era mi intención —el miedo me ganó de nuevo.

—Bueno, creo que tendrás que ver la película para entender de lo que quiero que hablemos después.

—Está bien.

—También quiero saber por qué te sigues cortando el cabello como militar. Déjatelo crecer un poco más. Deja esa pose marcial. No quiero un guarura junto a mí; quiero un chico que sea mi amigo, que me dé seguridad y que no me inspire miedo tampoco.

—De acuerdo.

—Vamos a llevar otras películas. Quiero que te quedes con nosotros varios días. ¿Quieres alguna en especial?

—No sé. No sé qué películas sean populares en estos dos últimos años.

—Ya sé. *Tacones Lejanos*. Así no extrañarás a tu amiguita la enfermera.

—No tengo motivo para extrañarla.

—Mentiroso. Pero te la voy a sacar poquito a poquito. También vamos a llevar *El silencio de los inocentes* y, ya por último, *Terminator 2*. ¿A propósito, dónde está Tini?

—Allí viene. Trae varias películas.

—Bueno, hagamos una última escala en la Comercial Mexicana por unas botanas y sodas. ¿Y ya avisaste en tu casa que estarás con nosotros?

—No creo que les importe. El Comanche no tardará en irles a avisar.

Pasamos a la Comercial Mexicana. Tini, como es un niño al que le compran todo, pidió helados, botanas, papas fritas, charolas de carnes frías y queso, refrescos enlatados, bolsas de dulces y chocolates. Valeria me preguntó si quería algo especial. Le dije que tenía muchas ganas de una torta de pollo rostizado. Compró dos pollos, con ensalada y sopa, además de unas Cocas en envase de vidrio.

Llegamos a la casa de San Jerónimo. Era una casa recién remodelada en la que vivirían unos meses Valeria y Tini, debido a la pelea con su esposo. Valeria me mandó a bañarme y me dio un cambio de ropa interior que había comprado en la comercial. Yo estaba harto de la ropa blanca, así que había escogido todo en negro: la ropa interior, unas sandalias para bañarme y unas pantuflas que hacían juego con la pijama. No me cuestionó el color; me veía contento.

Organizamos en la sala nuestro cine particular: un enorme sillón de piel que se hacía cama, donde cabíamos los tres cómodamente. La televisión era un monstruo con bocinas integradas que parecían a punto de estallar en cualquier momento, conectada a dos videocaseteras, una Beta y una VHS. Tini puso primero *La noche de las narices frías*.

Reímos bastante, pero Tini, casi a la mitad de la video cinta, comenzó a quedarse dormido, por lo que Valeria decidió poner *Once Upon a Time in America*.

Fue inevitable que lloráramos los dos. Ella sentía que su vida era la de una mujer objeto, y yo, que mi futuro era el de un maleante sin ambiciones, haciendo sufrir a quienes sintieran interés por mí. Ya era de madrugada. Le comenté si quería que cargara a Tini y lo llevara a su cama. Me dijo que no, que saliéramos a caminar al jardín. Me puso mi chamarra, fue al automóvil por los cigarros, sacó dos tazas de té de manzanilla endulzado con miel, y nos sentamos en el comedor de hierro fundido en el jardín. Sabía que esas lágrimas terminarían en palabras.

—Ro, no sabes lo feliz que me haces acompañándome en estos momentos tan duros para mí.

—Gracias por confiar en mí.

—Sabes una cosa, Ro… el quitarme el anillo fue liberador, pero no me atrevo a divorciarme. Quiero darle una última oportunidad al padre de Tini. Como verás, el dinero no es problema para mi padre, pero para mí sí. Gasto mucho, me gusta lo bueno, y últimamente estoy probando cosas que antes no hacía, ni cuando era universitaria. ¿Crees que yo tenga la culpa de lo que le pasa a Tini?

—No lo sé. Yo a veces ni sé lo que soy. Ni siquiera sé por qué tengo dos nombres, el apellido de mi abuelo como único, y no conozco a mi padre. No sabría por qué Tini es como es, si ni siquiera me conozco a mí mismo.

—Ro, tú a tu corta edad ya conociste el encierro, y la libertad, en consecuencia. Llevé a Tini con un psiquiatra. Tini se siente femenino, atraído por ti.

Por eso su padre lo llevó con unas prostitutas, para que se hiciera hombre, pero Tini no quiso. No le gustan las mujeres. Pelea con sus primas por ti. ¿Cómo es posible eso? ¿Por qué, Ro? ¿Por qué tú? ¿Por qué a tu lado se vuelve obediente? ¿Qué le das a mi hijo, Ro? Dime la verdad —me tomó de las manos. Sus lágrimas comenzaron a brotar.

—No sé. Con él no he tenido ningún tipo de intimidad. Me besó un día, dormido, días después, jugando botella con las trillizas, nos besamos también. Antes de caer al tutelar, una noche me empezó a tocar el pene y besármelo, pero no quise más. Tú estabas en la otra recámara con tu esposo. Me dio miedo. Le di una bofetada y le dije que me soltara. Es todo, Valeria. No ha pasado más entre nosotros.

—¿Y has penetrado a mis sobrinas?

—Sí. A dos, pero solo una vez.

—De ellas no me extraña. Sé cómo son. Son como mi hermana. Yo de joven fui muy reservada. ¿Sabes, Ro? Yo solo tuve un novio. Es decir, solo he estado con el papá de Tini, y me sorprende que a tu corta edad tengas tanta experiencia. Supongo que la enfermerita y la Patita ya han obtenido algo de ti. Son más grandes, y siendo del mismo barrio del Comanche, me imagino que son unas promiscuas.

—Pues… con la Diana, en la correccional, sí tuve contacto, y también al salir. Con Pato solo fue besarnos.

—¿Y quién más, Ro? Dime, por favor.

—Hay una chica de nombre Dorian, también sobrina del Comanche. Estuvimos juntos hace unos días. Solo esa vez.

—Ro… ¿por qué besaste mi vagina en las últimas vacaciones que estuvimos juntos?

—Porque… porque es hermosa. Porque sentí que algo me poseía al ver tus piernas abiertas. Estabas totalmente desnuda y dormida. Se me hizo fácil. Perdóname por lo que te hice.

—No, Ro, no puedo perdonarte. Soy católica. Me casé por amor, juré ante Dios todopoderoso ser fiel a mi esposo. Me di cuenta, Rodrigo Enrique, me di cuenta de lo que estabas haciendo. ¿Y sabes qué?… que sí me gustó. Porque ni siquiera mi esposo me ha besado con esa delicadeza. Y cuando se va con prostitutas, les paga por hacer todas las porquerías del mundo. Me tuve que confesar por dejarte tocar algo que no te pertenece.

—Creo que mejor me voy, Valeria. No quería lastimarte.

—No, Rodrigo, no me lastimaste. Hace unas horas te dije que me preocupa que tengas una versión distorsionada de lo que es una mujer. Pero entiendo lo que has pasado. Y pienso en Tini… todos los días lloraba por ti. Leí la carta que te hizo. Son las palabras de una mujer las que están allí. El psiquiatra le diagnosticó **disforia de género**. Desde ese día he comenzado a beber y a fumar crack. Me siento sola, Rodrigo. Sola y confundida.

—Sí, me di cuenta de las ampollas que tienes en los dedos. Es por el encendedor. Y las uñas quemadas, rotas y mordidas por el bote y la pipa. En la correccional me platicaron los *juniors* cómo se fumaba el crack.

—Por eso quería hablar contigo, Ro. Porque quiero que me ayudes.

—¿Y yo en qué te podría ayudar?

—A no sentirme sola. A que estés aquí cuando puedas, el tiempo que quieras. Quédate con nosotros al menos una semana, para que yo también piense qué voy a hacer para evitar salidas fáciles.

—De acuerdo. Está bien, me quedo.

—Ven. Vamos a llevar a Tini a su habitación.

—¿Quieres que lo cargue?

—No. Lo voy a despertar y que él vaya solo.

—¿Y yo dónde voy a dormir, entonces?

—Vamos a dejar a Tini dormir solo —me tomó de la mano.

Caminamos de regreso a la sala. Tini ya no estaba; se había ido a dormir.

—Ro, discúlpame, no te hice tu torta de pollo.

—No te preocupes, ya será mañana. ¿Entonces, en qué habitación voy a dormir?

—Me llevó hasta su habitación. Puso una almohada en medio de la cama.

—Ya no puedes dormir con Tini. Él tiene que aprender a dormir solo. Tú dormirás de ese lado. No quiero juegos sucios. Demuéstrame que puedes estar en la misma cama con una mujer y respetarla. Voy a cerrar la puerta; esta habitación tiene su propio WC, bidet, tina y regadera. No necesitas salir. ¿Necesitas algo más antes de que apague la luz?

—No, por el momento no —dije con miedo. Se quitó la bata, estaba desnuda, se puso un poco de perfume entre el vientre y los senos, se metió a la cama.

—¿Quieres un besito de buenas noches?

—Sí, claro. —quitó la almohada y me dijo con fuerza:

—Ven entonces por él, Rodrigo.

Me acerqué con calma. No podía creerlo. Me dio un beso en la boca.

—Métete en las cobijas y quédate boca arriba

—obedecí sin dudarlo.

—Bueno, ya a dormir —extendió mi brazo derecho, puso una almohada encima y me aventó su pierna derecha sobre mis piernas extendidas—. Si quieres ir al baño, me despiertas. Voy a averiguar por qué Tini y mis sobrinas se duermen así contigo.

No pude dormir. Estaba embobado viéndola, allí a mi lado, durmiendo plácidamente, con su sonrisa, haciendo presión con sus piernas como si fuera un candado, como cadenas que no me dejaban moverme. Conforme se acercaba el amanecer, los ruidos de los automóviles se hicieron más intensos, la luz comenzó a cubrir su rostro y, a pesar de los moretones, no dejaba de verse bella. Me sentía tan feliz, tan contento de tenerla a un lado, de sentir su calor, un calor que nunca había sentido antes.

De repente, comenzó a tocar mi rostro, mi cabello, explorándome como si buscara alguna imperfección. Fue entonces cuando me tomó del cuello y, en tono de broma, me dijo:

—Te voy a ahorcar. —me reí.

—Valeria primero dame los buenos días. —me apretó con mas fuerza las piernas.

—¡Cállese, viejo feo, y duérmase!

Contexto del capitulo 3:

El capítulo expone con crudeza íntima, una red de problemas sociales contemporáneos que vamos a respaldar con la siguiente bibliografía, con la finalidad de no juzgar al actor, de no responsabilizar a sus cómplices, ni tampoco de juzgar a sus verdugos:

Trauma, encierro y la arquitectura rota de la adolescencia

La historia de Rodrigo no es una excepción: es un mapa. Un mapa trazado con abandono, abuso y encierro temprano en instituciones juveniles como el Tribunal para Menores y la Correccional. Estos espacios, diseñados en teoría para corregir, suelen convertirse en cámaras de eco del trauma, impactando de forma profunda el desarrollo de la identidad, la autoestima y la capacidad de establecer vínculos afectivos saludables durante la adolescencia.

Diversas investigaciones señalan que los jóvenes recluidos en sistemas de justicia juvenil presentan, con alta frecuencia, antecedentes de **trauma complejo**. Este tipo de trauma no es un evento aislado, sino una acumulación: polivictimización, pérdidas interpersonales significativas, exposición prolongada a violencia, negligencia, accidentes potencialmente mortales o catástrofes vitales. En etapas tempranas de la vida, estas experiencias alteran el desarrollo biopsicosocial y los procesos de apego, dejando una huella persistente en la manera en que el sujeto se percibe a sí mismo y al mundo.

Las consecuencias son múltiples y entrelazadas: depresión, ansiedad, conductas oposicionistas, impulsividad, toma de riesgos extremos, consumo de sustancias y, con frecuencia, agresión reactiva. El trauma complejo se manifiesta como una combinación especialmente problemática de respuestas de activación emocional disminuidas de forma crónica, episodios de hiperactivación desadaptativa, dificultades en el procesamiento de la información y en el control de los impulsos. A ello se suman esquemas cognitivos autocríticos y normalizadores de la agresión, así como entornos relacionales —especialmente entre pares— que refuerzan conductas desinhibidas, pensamientos distorsionados y prácticas antisociales.

En este contexto, la agresión no es un rasgo moral ni una elección libre: es un lenguaje aprendido cuando todos los demás fueron silenciados. La institución, lejos de sanar, suele intensificar estas dinámicas al reproducir modelos de control, castigo y despersonalización.

El resultado es una constelación de problemas que plantea enormes desafíos para la gestión institucional, la rehabilitación y el tratamiento clínico de adolescentes privados de la libertad.

La evidencia epidemiológica y clínica demuestra no solo la alta prevalencia del trauma complejo en estos jóvenes, sino también su impacto duradero en el funcionamiento psicológico y social durante la adolescencia. Las comorbilidades y los desenlaces adversos no son anomalías: son consecuencias previsibles de sistemas que tratan síntomas sin escuchar historias.

De ahí la urgencia de repensar los modelos de intervención. El abordaje del trauma complejo en contextos de justicia juvenil exige transformaciones profundas en el manejo del entorno institucional, en los procesos de detección y evaluación, y en los modelos terapéuticos utilizados. Más que disciplinar cuerpos, se trata de reconstruir narrativas; más que contener la violencia, comprender su origen. El futuro de la investigación y del desarrollo de programas pasa por reconocer que, incluso en los espacios más cerrados, la subjetividad sigue buscando una grieta por donde entrar la luz.

Referencia (estilo APA)

Ford, J. D., Chapman, J., Connor, D. F., & Cruise, K. R. (2012). *Complex trauma and aggression in secure juvenile justice settings*. **Criminal Justice and Behavior, 39**(6), 694–724 https://doi.org/10.1177/0093854812436957

Disforia de género, diagnóstico y salud mental: cuerpos que narran desde la grieta

La experiencia de Tini atraviesa este capítulo como un eje sensible y perturbador. Su historia —marcada por la angustia, la incomprensión familiar y social, y por intervenciones abiertamente dañinas como la llamada "cura" mediante prostitutas— revela con crudeza cómo la violencia simbólica y material se ejerce sobre las identidades transgénero cuando estas desafían el orden normativo del género. No se trata solo de un conflicto interno, sino de una herida producida por el entorno: el diagnóstico, la familia, la institución, la mirada social.

En el relato aparecen otras personalidades que aún no develan su diagnóstico, pero que funcionan como espejos del protagonista. Son presencias laterales que amplían la narración y recuerdan que la disforia —nombrada o no— no es una experiencia aislada, sino un fenómeno relacional, colectivo, histórico. El malestar no surge únicamente del cuerpo, sino del choque constante entre identidad vivida y reconocimiento negado.

Con la publicación de la quinta edición del *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (DSM-5), la Asociación Americana de Psiquiatría sustituyó el diagnóstico de "trastorno de identidad de género" por el de **disforia de género (DG)**. Este cambio fue presentado como un avance hacia la despatologización y la reducción del estigma que rodea a las personas trans. Sin embargo, una revisión narrativa crítica del concepto revela múltiples paradojas y tensiones no resueltas.

La pregunta central persiste: ¿qué es realmente la disforia de género? Diversos análisis señalan inconsistencias en aquellos enfoques que priorizan la angustia como rasgo definitorio, mientras oscurecen el hecho fundamental de que no todas las personas trans e intersexuales experimentan estrés significativo o deterioro funcional. En este marco, resulta especialmente problemática la referencia inapropiada a las personas intersexuales dentro de los criterios diagnósticos, así como las generalizaciones que homogeneizan experiencias profundamente diversas.

Asimismo, se cuestionan las conceptualizaciones de los sujetos de investigación como "disfóricos de género", una categoría que, al pretender describir, termina produciendo aquello que nombra. Los enfoques etiológicos que utilizan la DG como marco explicativo central son puestos en duda, ya que tienden a reducir trayectorias vitales complejas a esquemas clínicos cerrados.

A ello se suman importantes problemas metodológicos que dificultan afirmar que el diagnóstico de disforia de género pueda considerarse plenamente validado desde un punto de vista científico.

La revisión de artículos de investigación publicados tras la introducción del diagnóstico en el DSM-5 permite evaluar su **validez de contenido** y arrojar luz sobre estas tensiones. Los hallazgos no clausuran el debate; por el contrario, lo intensifican. En el siglo XXI, la discusión sobre la disforia de género no puede limitarse a la nosología psiquiátrica: debe abrirse a las voces de quienes necesitan —y reclaman— vivir un género distinto al asignado al nacer.

En este punto, el Re MiX se vuelve necesario. Porque entre diagnóstico y vida hay un abismo, y en ese abismo se escriben historias como la de Tini. No para ser corregidas, sino para ser escuchadas. El futuro de la salud transgénero no está en silenciar el conflicto, sino en permitir que el cuerpo deje de ser un expediente y vuelva a ser un territorio habitable.

Referencia (estilo APA)

Davy, Z., & Toze, M. (2018). *What is gender dysphoria? A critical systematic narrative review*. **Transgender Health, 3**(1), 159–169. https://doi.org/10.1089/trgh.2018.0014

Imagen 1

Violencia de género, fe y dependencia: la economía emocional del encierro doméstico

Valeria no permanece: es retenida. Su historia encarna a la mujer atrapada en un ciclo de violencia doméstica donde la dependencia económica, el condicionamiento social y el peso simbólico del catolicismo operan como muros invisibles. No hay una sola cadena, sino una arquitectura completa de sujeción: la falta de recursos propios, la presión familiar por "sostener" el vínculo, la culpa aprendida y la promesa de redención que nunca llega.

La violencia que atraviesa a Valeria no se presenta siempre como golpe. A veces es silencio. A veces es espera. A veces es la pedagogía de la resignación. Estas dinámicas han sido ampliamente estudiadas y encuentran una formulación clave en el modelo del **ciclo de la violencia de género** propuesto por Lenore E. Walker, que describe un patrón repetitivo y profundamente eficaz en su capacidad de perpetuarse.

La primera fase es la **acumulación de tensión**. El ambiente se vuelve denso: irritabilidad creciente, reproches velados, control cotidiano. La víctima aprende a leer señales mínimas, a anticiparse, a reducir su propia presencia. La violencia aún no estalla, pero ya gobierna. El cuerpo vive en alerta; la subjetividad, en contracción.

La segunda fase es el **incidente agudo de agresión**. Aquí la violencia se manifiesta sin máscaras: física, psicológica, verbal o sexual. Es el estallido que confirma lo que ya se intuía. Sin embargo, paradójicamente, no es esta fase la que asegura la permanencia en la relación, sino la que sigue.

La tercera fase, conocida como **luna de miel o conciliación**, es el núcleo más perverso del ciclo. El agresor pide perdón, promete cambiar, muestra arrepentimiento, ternura, incluso devoción. Se reactiva la esperanza. La víctima no solo perdona: invierte. Invierte afecto, tiempo, fe.

Esta fase refuerza la dependencia emocional y económica, haciendo que la salida de la relación se vuelva cada vez más difícil. El ciclo no se rompe porque ofrece sentido al sufrimiento.

En el caso de Valeria, esta dinámica se ve intensificada por el mandato religioso y familiar: aguantar, perdonar, sostener. El catolicismo cultural funciona aquí como tecnología moral que santifica el sacrificio femenino y transforma la resistencia en culpa. No se trata únicamente de violencia interpersonal, sino de un sistema simbólico que legitima la permanencia en el daño.

Así, la violencia de género no es un evento aislado ni una anomalía psicológica: es un proceso aprendido, repetido y socialmente sostenido. El ciclo descrito por Walker sigue siendo, décadas después, una herramienta fundamental para comprender por qué tantas mujeres no "se van", y por qué la pregunta correcta no es por qué se quedan, sino **qué fuerzas las atan**.

En este Re MiX, Valeria no es un caso clínico: es una figura de advertencia. Su historia nos recuerda que la violencia no siempre encierra con puertas cerradas; a veces lo hace con promesas, rezos y una economía afectiva diseñada para que el amor duela… pero no termine.

Referencia (estilo APA)

Walker, L. E. (1980). *The battered woman*. New York, NY: Harper & Row.

Sexualidad intervenida: poder, abuso y las pedagogías del silencio

Las experiencias sexuales de Rodrigo —en la correccional, con Diana, con las sobrinas— y la confesión de Valeria sobre su esposo y las prostitutas, no pueden leerse desde la lógica del deseo libre o del consentimiento pleno. Aparecen, más bien, como escenas donde la sexualidad está atravesada por **asimetrías de poder, coerción, intercambio y normalización de la violencia**, elementos centrales en los estudios contemporáneos sobre explotación sexual juvenil, abuso sexual infantil y trata.

En estos relatos, el cuerpo no es un espacio de encuentro, sino un campo de disputa. La sexualidad se aprende bajo condiciones de encierro, miedo, dependencia o transacción económica. No hay erotismo inocente cuando el marco es la correccional, el matrimonio violento o el comercio sexual impuesto como ritual de "corrección". Lo que se transmite no es placer, sino jerarquía: quién manda, quién paga, quién calla.

En las últimas décadas, el **abuso sexual infantil (ASI)** ha generado un amplio interés en la comunidad científica y en la sociedad debido a su elevada prevalencia y a sus consecuencias a corto y largo plazo. La literatura especializada ha documentado múltiples secuelas psicológicas, sociales, conductuales y físicas asociadas a estas experiencias. Sin embargo, también ha señalado un dato fundamental que rompe con el determinismo: **no todas las víctimas presentan un daño significativo posterior**, existiendo una amplia variabilidad en los procesos de ajuste y en las trayectorias vitales.

Esta diversidad ha llevado a la investigación a preguntarse no solo *qué* consecuencias produce el abuso, sino *qué variables* determinan la gravedad y persistencia de dichas consecuencias. Los estudios coinciden en que no es el abuso en sí mismo, aislado, lo que explica el impacto, sino una constelación de factores intervinientes: las características del abuso (frecuencia, duración, grado de violencia), del agresor y de la víctima, los factores situacionales, y de manera especialmente relevante, las **variables cognitivas de la víctima**.

Las investigaciones más recientes subrayan que ciertos procesos pueden actuar como factores protectores o reparadores. Entre ellos destacan la sustitución de estrategias de afrontamiento basadas en la evitación por **estrategias de aproximación**, la eliminación de las atribuciones de autoinculpación —así como de la culpabilización dirigida hacia la familia—, y el trabajo sobre los sentimientos asociados a las llamadas **dinámicas traumatogénicas** del abuso.

Asimismo, la promoción de un **estilo de apego seguro** se ha mostrado especialmente beneficiosa para prevenir dificultades posteriores derivadas de la experiencia abusiva.

En este marco, las historias de Rodrigo y Valeria no son anomalías, sino expresiones narrativas de un fenómeno estructural: cuando la sexualidad se introduce en la vida bajo condiciones de dominio, se convierte en un lenguaje contaminado. El daño no reside únicamente en el acto, sino en el significado impuesto al cuerpo y en el silencio que lo rodea. La explotación sexual no siempre se presenta como secuestro o trata explícita; a veces adopta la forma de iniciaciones forzadas, matrimonios violentos o "aprendizajes" normalizados por la cultura y la institución.

El Re MiX no busca fijar identidades de víctima, sino **abrir la posibilidad de reescritura**. Comprender las variables que median el impacto del abuso permite desplazar el relato del destino hacia el proceso, del estigma hacia la transformación. Allí donde el poder colonizó la sexualidad, también puede emerger —con tiempo, cuidado y palabra— otra forma de habitar el cuerpo.

Bibliografía (estilo APA)

Pereda, N., Guilera, G., Forns, M., & Gómez-Benito, J. (2015). *Consecuencias del abuso sexual infantil: una revisión de las variables intervinientes*. **Anales de Psicología, 31**(2), 552–561. https://doi.org/10.6018/analesps.31.2.180771

Imagen 2

La herencia invisible: transmisión intergeneracional del trauma

La historia que atraviesa este proyecto no avanza en línea recta: **se repite**. El trauma del abuelo, la ausencia del padre, la violencia del esposo no se disuelven con el paso del tiempo; se transforman en gestos, silencios, adicciones y estallidos que reaparecen en las generaciones siguientes. Tini y Rodrigo no heredan solo apellidos o rasgos físicos: heredan climas emocionales, modos de apego, umbrales de tolerancia al dolor.

La psicología del desarrollo ha documentado ampliamente este fenómeno conocido como **transmisión intergeneracional del trauma**. Desde la teoría del apego, John Bowlby señaló que las experiencias tempranas con las figuras cuidadoras configuran modelos internos de relación que tienden a reproducirse a lo largo de la vida. Cuando el cuidado está marcado por la ausencia, la violencia o la imprevisibilidad, el vínculo se vuelve inseguro, y ese patrón —si no es reparado— se transmite como una coreografía aprendida.

En este sentido, la ausencia no es un vacío neutro: **educa**. Enseña a esperar poco, a tolerar demasiado, a confundir amor con supervivencia. El padre ausente no desaparece; se internaliza. La violencia del esposo no comienza con él; llega entrenada por generaciones previas que normalizaron el daño como forma de vínculo.

Desde una perspectiva neurobiológica y corporal, Bessel van der Kolk profundiza esta comprensión al mostrar cómo el trauma no solo se recuerda: **se encarna**. El cuerpo conserva memorias implícitas del peligro, del abandono y de la humillación, que influyen en la regulación emocional, en la respuesta al estrés y en la manera de relacionarse con los demás. Así, las conductas disfuncionales —adicciones, violencia, retraimiento— no surgen de la nada: son intentos heredados de autorregulación frente a un sistema nervioso que nunca aprendió a sentirse seguro.

En la narrativa de este capítulo, la repetición no es destino, pero sí advertencia. Las historias de Tini y Rodrigo muestran cómo el trauma viaja cuando no encuentra palabras, cuando no es reconocido, cuando se le exige silencio. Cada generación intenta resolver lo que la anterior no pudo, a veces reproduciendo exactamente aquello que la dañó. El trauma se transmite no por maldad, sino por **falta de alternativas aprendidas**.

El Re MiX interviene precisamente ahí: en el punto donde la repetición puede convertirse en conciencia. Nombrar la transmisión intergeneracional del trauma no es fijar una condena, sino **abrir una grieta en la herencia**. Porque cuando el dolor se reconoce como legado —y no como falla individual— aparece la posibilidad de interrumpir la cadena.

El futuro no está escrito en la sangre. Está, apenas, insinuado en la memoria. Y toda memoria, cuando se remezcla, puede aprender a decir otra cosa.

Bibliografía (estilo APA)

Bowlby, J. (1988). *A secure base: Parent-child attachment and healthy human development*. New York, NY: Basic Books.

van der Kolk, B. A. (2014). *The body keeps the score: Brain, mind, and body in the healing of trauma*. New York, NY: Viking.

Nota final del capitulo 3._

La narración en primera persona, a través del diario de Rodrigo, da una **autenticidad visceral** a estos problemas. No los explica teóricamente, sino que los *vive* y los *muestra* en su complejidad moral y emocional, haciendo que el lector los experimente desde adentro. Esto lo convierte en un material narrativo poderoso para luego ser analizado y respaldado con la bibliografía académica correspondiente en cada tema.

Imagen 3

Imagen 4

Volumen II:

Capítulo 6

La boda de Eugenia

El abuelo de Tini me comentó, durante el viaje a Acapulco, que no había mayor festejo que la firma del **Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA)**. Un evento que, convenientemente, coincidía con la boda de su primera nieta. Él había escogido la fecha y la familia con la que la riqueza aumentaría. Venía victorioso, con su clásica copa de coñac en la mano, como vivo testigo de la firma entre el presidente estadounidense George H. W. Bush, el primer ministro canadiense Brian Mulroney y el presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari. El TLCAN entraría en vigor en un mes, una vez cumplido el procedimiento de ratificación. Por eso era una obsesión del **Abuelo Kirk** que esa boda se realizara. **Eugenia** sería el primer miembro de la familia en casarse con el director de un banco, descendiente de lo mejor de la Nueva España. Ahora Eugenia agregaría a su apellido "Villanueva Cervantes, Gutiérrez Altamirano y Barragán". El abuelo Kirk era ahora la raíz de un linaje que controlaría terrenos con minas por explotar, grandes extensiones de exhaciendas y el libre comercio. La idea era que, al vender las paraestatales, se amasarían fortunas a través de la tierra, la minería y el monopolio de bienes, obteniendo títulos y acciones en la bolsa. Las otras once nietas serían aprovechadas para establecer redes de poder a través de matrimonios estratégicos.

La camioneta familiar, una Suburban de lujo, tenía una suspensión tan increíble que la copa con su líquido parecía flotar. El abuelo estaba tan contento que me invitó a la boda. Me gusta escucharlo; platica cosas interesantes. Y aunque no tengo ni la menor idea del valor real del dinero, viniendo de una familia pobre, a él le gusta ver mi mirada de asombro ante su estilo de vida de lujo y exceso.

Valeria venía dormida con Tini; habían llegado de París hacía unas horas. El viejo Kirk aún traía talco en los bellos de la nariz; nadie sabía cuántos días llevaba sin dormir. Me cayó muy bien su detalle de prestarme uno de sus *smokings* hecho en Inglaterra; su sastre me lo arregló mientras estuve llevando varios sobres con papeles legales que estaban firmando entre él y el Comanche. Ellos sabían que la fayuca tenía los días contados y lo mejor era hacer el negocio de forma legal. Además, si la zona sería de libre comercio, ya no habría necesidad de cargar los jets particulares; podrían evitar accidentes… o caer en manos de la competencia.

Y ya que todo lo que cabe en un corazón cabe en una Suburban, venía el papá de Tini en la parte delantera con el chofer, con una cara más de compromiso que de alegría. El viejo Kirk quería llevar el divorcio de Valeria de la forma más discreta. Por eso, la amante del muy respetable Señor Stelecki viajó un día antes en autobús; ya tenía su habitación en otro hotel. En la iglesia, Valeria y el señor Stelecki estarían juntos para aparentar la unión familiar, pero "saliendo de allí, que se vaya a chingar a su puta madre", dijo literalmente el abuelo.

La verdad, sentí extraño que me invitaran. El abuelo había rentado el hotel Los Flamingos en Acapulco para la fiesta. El plan era llegar el viernes antes del amanecer, celebrar la boda el sábado al atardecer, la fiesta toda la noche, tener el domingo para pasar la cruda y el lunes regresar al Distrito Federal. En la misma habitación dormiríamos Tini, Valeria, Zaira, Pamela y yo.

El abuelo me hacía leer constantemente la lista de invitados y la asignación de habitaciones. Otros, como el Comanche, llegarían directo a la iglesia y al salón del Hotel. Otros invitados tenían sus propias casas con vista al mar. Además, probablemente llegaría el gobernador a felicitar a la feliz pareja. El esposo de Eugenia le llevaba veinte años. Yo no lo conocía hasta que lo entrevistó Jacobo Zabludovsky en el noticiero estelar *24 Horas*; fue a hablar de los beneficios para la banca mexicana y de cómo las empresas canadienses y norteamericanas nos darían empleos para ser, al fin, un país del primer mundo, ya que el segundo mundo —el bloque comunista— nunca se integraría a las virtudes del capitalismo.

Pasamos a dejar al Señor Stelecki a un hotel cercano a la central de autobuses; no alcancé a ver el nombre. Una vez que bajó de la Suburban, Valeria se pasó a la hilera de asientos donde yo estaba, y el abuelo se sentó con el chofer porque quería sentir la brisa del mar, ver la bahía y, en consecuencia, el amanecer. Valeria tomó la botella de coñac y sirvió dos copas.

—Toma, Ro. Brinda conmigo. Estoy a días de ser libre, al fin.

—Claro. Brindemos.

—Muero por verte de *smoking*. ¿Es cierto que mi padre te llevó con su sastre para que te lo ajustara?

—Sí. De hecho, pasó por mí. En el barrio se asustaron. Allá las Suburban solo las traen los policías, y como es negra con vidrios polarizados, pensaron que ya me iba a graduar en el Reclusorio Norte.

—¡Ay, Ro, cómo dices esas cosas! Y más ahora con los cambios que han hecho en la policía… qué fuerte lo que le hicieron al Comandante.

—Sí, estuvo rudo. Solo por ir una vez con Adolfo de Jesús Constanzo. Como si ir a ver a un brujo fuera un delito.

—Ro, no sabes cómo hubiera querido que un brujo tan poderoso como Adolfo de Jesús Constanzo me hiciera un trabajo para cuidarte, protegerte, que salieras rápido del encierro… pero gente con poderes mágicos así, ya no hay.

—Ahora que lo dices… tengo algo que platicarte.

—¿Qué, Ro? Qué rico está el coñac. Me voy a servir más. Y no me hagas trampa, bebe a mi ritmo. Hoy estoy muy contenta.

—No sé si me estoy volviendo loco, pero vi algo extraño.

—Toma, amor, disfrútalo. Dime, ¿qué viste?

—No sé si te dijo Eugenia que hemos estado yendo por las noches a diferentes lugares que aseguran están malditos.

—No, no me ha dicho. Pero déjame acostarme en tus piernas, quiero escuchar todo.

—Fue hace unos trece meses. Las trillizas querían conocer el Hotel Posada del Sol. Fuimos a medianoche. Nadie nos asustó, nada pasó, pero Tini empezó a llorar del miedo y salimos. En la mañana, justo cuando empezaba a darme sueño, vi en la ventana de mi habitación una pirámide. Empezó a salir un ojo en medio de la pirámide. También una cornamenta salía de la parte superior. Así como apareció, así se desvaneció. ¿Qué crees que signifique, Valeria?

—No lo sé. Yo lo único que sé es que ya quiero estar en el hotel, darme una ducha y dormir. Ya estoy muy ebria.

Tini se despertó.

—Mamá, me siento mal, como mareada. Tini —o **Sharon**, como ahora prefería que le dijeran— había estado en Francia cursando el *Terminale* (Lycée), además de estar bajo la agenda del Doctor Pierre Banzet. Ya no era el Tini que se fue. Ahora era más posesivo, dramático. Su rinoplastia y su cabello de ángel lo hacían verse como una bailarina del Ballet de l'Opéra national de Paris.

—Tini… digo, Sharon, espera. Ya casi llegamos. Ro, tranquilízala.

—Sharon, *bebé*, deja descansar a tu mamá.

—¡Rodrigo, yo ya no soy tu *bebé*! —su mirada ya no era tierna ni dulce. Era la mirada de alguien que ya era novia de un argelino.

—Está bien, Sharon. Tu mamá quiere descansar un poco.

—Déjala, Ro. Ya tiene 18 años y puede hacer con su vida lo que desee. Mejor sírveme otra copa.

Por fortuna, llegamos al hotel. Ahora me tocó cargar a Valeria hasta la habitación, mientras Sharon y sus primas hablaban de las cualidades atléticas de Jamil. Parecía que yo había dejado de ser la novedad. Lo cual, considerando que Sharon se fue directo a la habitación de la novia, significaba que me quedaría solo con Valeria.

El abuelo Kirk, en sus carreras, nos dejó en el hotel mientras él iba al club de yates a revisar el regalo de bodas. Dejé a Valeria sobre la cama mientras el *bellboy* acomodaba nuestro equipaje. Tomé unos dólares del bolso de Valeria —supuse que era una buena gratificación—, y el *bellboy* me dijo:

—Qué hermosa es su esposa, señor.

—No es mi esposa. Es la mamá de mi mejor amigo.

—Muy bien. Si algo se le ofrece, con gusto estoy para servirle. ¿Quiere que le traiga algún afrodisiaco, vino o algo más fuerte?

—Sí, tráeme la carta. Tengo hambre.

—Le sugiero huevo de caguama, para no fallar en la cama.

—Jaja, me encanta tu buen humor. Valeria despertó.

—Ro, quiero beber más. Quiero champán Pol Roger.

—Trae las dos cosas, por favor. El *bellboy* salió corriendo. Valeria comenzó a desnudarse mientras entraba a la regadera. Yo comencé a quitarme los tenis, mi reloj y a dejar mi billetera en el tocador.

—Amor, ven. Báñate conmigo. Ando bien arrecha.

Sí quería hacerlo, pero estaba muy tomada. Además, ¿y si entraba el abuelo? A Sharon no le importaría; a sus hermanas, primas y sobrinas, menos. Pero comenzaba a sentir un respeto genuino —y tal vez un poco de miedo— por el viejo Kirk.

—En seguida, *bebé*. Estoy esperando al *bellboy*. Quien llegó justo a tiempo con la carta del desayuno y una botella de champán Pol Roger. Sirvió las copas y se retiró.

—¡*Bebé*, llegó el champán! —Valeria salió de la regadera con una toalla envolviendo su cabello y con otra secándose el cuerpo.

—Qué rico. ¿Qué esperas para bañarte? Tocaron la puerta, y Sharon gritó:

—¡Ábreme, madre!

—¡Voy! —le grité y procedí a abrir.

—¿Dónde está mi mamá?

—¡Me he terminado de bañar! —dijo Valeria desde el baño.

Sharon puso su maleta en la cama de en medio, fue al tocador, tomó mis cosas y las arrojó a la cama que daba hacia la puerta.

—¿Quieres algo de desayunar, Sharon? Tomó mi copa de champán y comenzó a beber de ella.

—Una bebida muy fina para alguien tan corriente como tú.

—Por eso la pidió tu mamá. Yo estoy acostumbrado a una Coca-Cola en envase de vidrio por la mañana. Ah, y un cigarro —saqué un cigarro del bote de JPS, lo encendí con los cerillos del hotel y le aventé el humo en la cara.

—Eres un criado, Rodrigo Granda —me miró fijamente.

—Ya no soy tu criado, Sharon. Ahora mi dueña es tu mamá. —Pensé que se molestaría y me dejaría de hablar.

—Aun así, tú siempre vas a ser un gato, un cojeputas, un vividor, chichifo, cafiolo —tomó mi cigarro del cenicero, le dio una jalada y me aventó el humo en la cara.

—Ro, ¿ese cigarro es tuyo o de Sharon?

—Es mío, pero creo que deseaba una probada.

—Bah, dame eso, Sharon. Los secretos de mi Ro no son para ti —Valeria tomó el cigarro y se lo llevó con el cenicero. Saqué dos cigarros más, le di uno a Sharon y, por cortesía, se lo encendí primero.

—Valeria, voy a bañarme. Con permiso, Sharon —la tomé del brazo para hacerla a un lado. Se puso nerviosa. Era evidente que Eugenia le había revelado nuestro secreto.

—Ro, no tardes. Quiero ir a la playa. Sharon, ponte el bañador. Las hormonas te han dado volumen; te verás hermosa.

Salimos a la playa. Valeria, como siempre, luciendo su belleza y elegancia, y aunque me mostró el juvenil traje de baño para Sharon, cuando nos alcanzó, llegó con una bermuda y una camiseta blanca de Metallica.

—Sharon, ese bañador que te compré es el que usa Pamela Anderson en *Baywatch*. ¿Qué pasa contigo?

—Nada, madre, nada. Simplemente me da pena mostrar mi cuerpo.

—¿Crees eso posible, Ro? En el Lycée es una de las niñas más *fashion*, y aquí se acompleja.

—Madre, no metas a Rodrigo en nuestra conversación. Simplemente no se me da la gana.

—Está bien. Nosotros iremos a nadar un poco. Adiós.

Valeria me tomó de la mano, me apretó con fuerza y me llevó al otro extremo de la playa. Sharon regresó al hotel cubriéndose la boca con sus manos; era la forma en que lloraba Tini. En ese momento, recordé cuando íbamos los tres a todos lados. Pero Sharon, es evidente, ya no cabe ni conmigo, ni con su madre.

Imagen 5

La cruda

Los gritos del abuelo Kirk en el pasillo me despertaron. Lejos de enfurecerme, me causaron risa. Sentí un líquido caliente entre las piernas de Valeria y las mías, no era la primera vez que alguien me orinaba. Por fortuna, su vómito cayó en mi hombro; un aroma a excremento salía de las sábanas. Le había advertido que no bebiera ni comiera tanto desde el viernes al mediodía, pero la señora liberada, al no haber pasado por esas experiencias en su juventud, no podía sostener una carrera contra jóvenes nacidos a mediados de los años setenta.

Comencé a moverla para ir a ver por qué el abuelo seguía cantando con los mariachis en el patio del Hotel.

—Ro, amor, ¿a dónde vas? Bésame —claro que la besé, sin importar el vómito.

Tuvimos sexo mientras Sharon estaba en la cama de al lado, noqueada por el alcohol, las hormonas, los analgésicos para el dolor y los antidepresivos. No recuerdo si primero cargué a Sharon o a Valeria desde nuestra mesa hasta la habitación. Le sugerí a Valeria que se metiera a bañar y pidiera el cambio de sábanas, en lo que alcanzaba al abuelo.

—¡Ahí está mi azteca consentido! —gritó el abuelo.

Los mariachis se veían cansados, pero sabían que el abuelo era de carrera larga, y que cada canción que le tocaran, les daría a ganar cien nuevos pesos. El fajo de billetes recién impresos en el Banco de México apenas iba a la mitad.

—¿Qué tal, Kirk? ¿Cómo estás?

—¡Feliz, feliz! *¡El viernes con Teresa y el sábado Raquel! ¡El domingo Vanesa es la que me trata bien!* —cantaba a todo pulmón y desafinado, mientras los mariachis le seguían el ritmo. Sobre la mesa, la leche en polvo de la Conasupo estaba cortada en líneas cortas y finas.

—¡Jaja, eso es toño Tigre! —le grité con fuerza.

—¡Pinche Rodrigo Enrique, sírvete lo que quieras, cabrón! ¡Te quiero rete harto! —me empezó a servir un whisky *The Macallan* mientras me sentaba en el sillón donde estaba el "desayuno bolivariano".

—Kirk, muchas gracias, casi no esnifo, pero por ti lo haré con gusto.

—Así me gusta. Me caes bien. Ya vi que cuidas a mi hija y a mi nieto… bueno, digo *nieto*, ya ni sé qué es ese fenómeno. Pero bueno, esto no es un velorio.

—No, Kirk.

—Ro cántame una canción de Javier Solís, no me digas que no.

—Claro. Venga, maestro: *"En cofre de vulgar hipocresía / ante la gente oculto mi derrota. / Payaso con careta de alegría / pero tengo, por dentro, el alma rota…"*

Los mariachis se asombraron de mi interpretación. El abuelo me coreaba, desafinado.

—¡Pinche Ro, eres el señor de las sombras! ¿Qué otra te sabes?

—Maestro, veo que usted es muy hábil. Sígame: *"En mi viejo San Juan / cuántos sueños forjé / en mis noches de infancia. / Mi primera ilusión y mis cuitas de amor / son recuerdos del alma…"*

No sabía que el abuelo tenía nostalgia por Puerto Rico. Brotaban lagrimas que se veían salir desde el alma. Allí, en ese paraíso, murió la madre de Valeria.

Unos minutos después, llegó la secretaria particular del abuelo, una ucraniana de nombre **Nastya,** tenía educación superior en ciencias nucleares, el abuelo le llevaba cuarenta años de diferencia y la hermosa mujer Eslava ya tenía unas gemelas de once años de su primer matrimonio. El abuelo la conoció cuando bailaba en un club de Nueva York.

—Ro, cántale algo a mi mujer, para que se le quite lo enojada.

—Señora, con todo respeto. Gema, arránquese, muchachos: *Tú como piedra preciosa, / como divina joya, valiosa de verdad. / Si mis ojos no me mienten, / si mis ojos no me engañan, / tu belleza es sin igual."*

Poco a poco, la familia se fue despertando. Nastya se llevó el talco a su habitación y regresó con las gemelas. La familia me empezó a pedir más canciones. Fue entonces cuando llegó Valeria.

—Ro, cántame la canción que te dije que me gusta mucho.

—Claro, pero deja que le pida un arreglo a los músicos. ¿Muchachos, se saben alguna de Elvis Presley?

—¡Por supuesto! La que nos pida. También tenemos un grupo de música versátil —gritó con alegría el del guitarrón.

—Síganme entonces: *"Wise men say, only fools rush in / But I can't help falling in love with you / Shall I stay? Would it be a sin? / If I can't help falling in love with you…"*

Los aplausos no paraban, pero ya me sentía cansado.

Ese cambio de la música vernácula al rock and roll era muy conveniente, así que se me ocurrió, para descansar un poco, pedirle al abuelo que cantara conmigo. Así lo llevé a ir cantando con cada una de sus hijas. Ya era realmente un desmadre lo que estábamos haciendo. Sharon nos miraba desde el balcón de la habitación, y las gemelas pedían un desayuno formal, por lo que el abuelo le puso fin a su fiesta para ir todos a desayunar. Bueno, más bien, a comer.

Fui a bañarme. El abuelo me envió a la habitación ropa casual de marcas que solo había visto en comerciales de TV por cable, toda nueva, etiquetada con precios en dólares. Creo que estaba bastante contento con las canciones que le interpreté, porque encomendó a Nastya a llevarme las prendas y me dio la indicación de que me apurara, porque ya estaba en la tercera taza de café, esperándome.

Llegué al comedor. Al centro estaba el abuelo; a su derecha, su secretaria con las gemelas, y a su izquierda, una silla vacía. Después de mi posible lugar estaba sentadas Valeria y Sharon.

—Ah, qué bien te ves. Además, el perfume que te envié hace juego con tu personalidad —dijo el abuelo, parándose para acercarme la silla. El perfume era Bijan.

—Ro, qué rico hueles. Te ves muy bien —dijo Valeria—. El abuelo nos llevará a conocer el nuevo yate. Mandó a construir dos por el astillero alemán Blohm+Voss, y ya entregó el correspondiente a los recién casados. El otro lo inauguraremos nosotros. Espero que Sharon cambie de actitud y decida lucir el conjunto para la tarde que le escogí.

Comencé a desayunar.

—Gracias, Valeria. Tu papá tiene buen gusto.

Seguimos comiendo mientras platicábamos los detalles de la boda.

La Catedral de Acapulco (Nuestra Señora de la Soledad) fue insuficiente; mucha gente se quedó afuera. Llegó más gente de la esperada, pero era una muestra del interés que captaba la unión del momento. Excepto por los *"rojos sin clase ni carisma"* de *La Jornada* —según el abuelo—, todos los periódicos a los que había convocado dedicaron una foto y un artículo, no solo en la sección de sociales. Se entendía que el peso de México en el comercio exterior era de protagonismo. Lupita Jones, Julio César Chávez, Hugo Sánchez, Luis Miguel y otros más daban una visión de México exitosa y futurista. Por eso, la llegada imprevista del gobernador y su esposa, y de otros banqueros a la iglesia, confirmaba la buena relación entre el presidente y el Vaticano; la muestra de esa "sana relación" era la presencia del Abad secular de la Basílica, Guillermo Schulenburg.

La mayoría del tiempo que estuvimos en la mesa, Valeria me estuvo rozando las piernas con sus pies. Era una forma de decirme que quería continuar conmigo en la cama. Mientras, Sharon tocaba la comida con pereza.

—Sharon, ¿estás bien? —le pregunté. No la había visto así de deprimida desde el día que me pillo besando a su madre.

—Me voy. Me voy a dormir un rato más.

Nadie habló. Nadie dijo nada. Simplemente se retiró. Nadie la estaba juzgando por perder la cabeza en la fiesta. Más bien, después de haberme escuchado cantar y ver que el abuelo me había *"adoptado"*, no entendían por qué se la había pasado insultándome borracha, escupiéndome y cacheteándome. Y a pesar de eso, yo me había metido a la alberca con todo y zapatos para sacarla, evitando que se ahogara.

La otra boda

El Comanche —quien aún no se reponía de un infarto— me había mandado a llamar para que llevara unos papeles al padre de Valeria. Resulta que desde el asesinato del Cardenal **Juan Jesús Posadas Ocampo**, estaban haciendo una purga de los mandos más viejos en la estructura de la policía, tanto local como federal. Además, uno de sus viejos conocidos, **Porfirio Muñoz Ledo**, estaba alebrestando a miembros del partido oficial para sumar fuerzas y escalar al poder. Por si fuera poco, traía encima a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos. En fin, por todos lados le llovían problemas. Pensó que lo más conveniente era cerrar el ciclo: casarse por la iglesia con la **Gringa**, ver solo por las gemelas y enviar a **Ray el Rata** a las afueras de la capital. Compró una pequeña casa por la caseta de Tepotzotlán, le dio sus acciones de la empresa de seguridad privada que acababa de aperturar y le regaló un Jeep armado en el deshuesadero de la policía.

La boda del Comanche fue en el Santuario Parroquial de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, popularmente llamado **"San Juanita"**. La fiesta fue en el salón Cosmos 2000. Nadie notó la ausencia de Ray el Rata; parece que fue el mejor regalo para el Comanche. **El Globie** acababa de morir en un accidente en motocicleta con **la Diana**. Nunca se supo qué hacían juntos, ni a dónde iban o de dónde venían. **Dorian** se fue a Estados Unidos a probar suerte en la industria del cine para adultos y a trabajar en las calles. **Patsy** se estaba reponiendo de una lesión que le impidió desarrollarse como pugilista. **El Trucutrú** se enlistó en el ejército y estaba en Tampico, encuartelado. **El Filósofo** se graduó en el Reclusorio Norte por falsificar papel moneda. **El Montoya** y **el Loco Erick** se voltearon en el Thunderbird pasando La Pera;

yo iba a ir a esa escapada al *Baby'O* en Acapulco —Montoya acababa de cumplir 19 años y quería festejar a lo grande llevando su coche nuevo—. **El Donkey** se metió a la Policía Federal de Caminos. **El Román** se casó con la hija de la reina de los tamales. **El Pastas** desapareció; nunca se supo qué fue de él. **El Dodger** se volvió pastor de una iglesia protestante. ¡Qué locura! Solo **Patsy** y yo estaríamos en la boda.

Fue un evento sencillo, sin lujos, solo lo básico. El Comanche me apartó una mesa para mi familia. A mis padres no les interesaba lo que yo hacía, así que no fueron. Mi mesa estaba vacía… hasta que llegó Patsy con las locas con las que ahora rolaba, pura loba de Insurgentes, Tlalpan y Puente de Alvarado. Así que fueron ellas las que animaron con shows improvisados y rutinas de baile, tanto que hasta la Gringa me sacó a bailar.

Al día siguiente, el Comanche hizo otra comida para darnos un anuncio. Mandó previamente a pintar la vecindad para que, al fin, su señora lo dejara en paz. También vendió los carros que usaba en sus movidas, aunque nos costó trabajo desinstalar los equipos de banda civil y raspar con una hoja de afeitar los emblemas y escudos de la corporación policial.

El anuncio fue breve, aunque todos sabíamos que la jubilación era inevitable. Se ponía fin a la época de estar bajo su protección, bajo su mando. Ya venían otros más ambiciosos y sedientos de poder, con la llegada de los **socialdemócratas**, esos fans de la Unión Soviética que aspiran a la caída de los gringos, les gusta usar a Cuba de bandera política o cualquier causa que debilite al sistema impuesto por la Revolución Mexicana, sistema que funciona a la perfección por el apoyo de las agencias de inteligencia de las potencias capitalistas.

Y aunque se seguía de cerca a los miembros del **PROCUP**, y de las diferentes versiones del partido comunista, parecía que todo apuntaba a que, con la caída de la URSS, los rojos seguirían siendo unos payasos en disolución. —A menos que el Gran Titiritero necesitara el impulso del otro lado del péndulo.

Salimos de la comida a caminar al lado del canal. Al parecer ya lo van a entubar, y aunque ese aroma a peste era tan desagradable, había cierta nostalgia al ver a chicos más jóvenes que nosotros jugando en las canchas de terracería. Era evidente que la vida continuaba. Patsy rompió el hielo:

—Carnal, ¿y tus viejas, la Valeria y la Tini?

—Andan en Francia.

—¡Ah, esa mamada!

—Ya ves, Tini ya no es Tini. Ahora es Sharon.

—¿Y eso?

—Bueno, estuve con Valeria la semana pasada en el departamento de Portales.

—¿Donde vive Vanesa abajo?

—Ese mero.

—¿Y luego?

—Me contó de los cambios físicos y sicológicos de su hija. Ahora es toda una señorita de mundo. Me enseñó unas fotos de Sharon en la escuela y la casa donde vive. Se ve bien bonita.

—Pinche Roy se volvió vieja… por ti.

—No. Ya era evidente que lo iba a hacer. Si no era yo el primero, hubiera sido otro. Yo simplemente le di un empujón.

—Tienes suerte para las locas, cabrón.

—¿Por qué dices eso?

—Te andas echando a la mamá de la Tini. Dice Vanesa que es bien borracha la señora, y que le dispara el perico y la piedra para no salir y *quemarse* contigo.

—Me imagino. Mejor dicho, me di cuenta desde la primera noche que me quedé con ella.

—Oye, Roy… ¿y si la embarazas, como a su sobrina?

—Cállate, ni me recuerdes. Ya me invitaron a su boda.

—Jajaja, no mames, pinche Roycito… nacerá en cuna de oro.

—No sé. ¿Qué tal si no es mío? Como si yo fuera el único que se la bombea.

—No, Roy, imagínate… a Sharon cargando a su hermanito. Pinche degenerado. Ya veo a la madre e hija viendo para el Zócalo desde el metro Pino Suárez.

—Jajaja, no te lo imagines.

—Entonces, ya también son hermanas de leche.

—No digas mamadas, Patsy. Por supuesto que no. Sharon anda con un africano.

—Ah, pinche chamaca. Con razón te cambió.

—Está bien. Es normal. Yo no tengo problema con eso.

—Roy… tengo que decirte algo.

—Dime.

—*Algo*… jajaja.

—Pinche mamona.

—No, ya en serio. Cuídate del papá de la señora Valeria. No te confíes. Varios de aquí han trabajado con él y no los hemos vuelto a ver. Quién sabe qué pedo con ese Don. No quiero que te pase nada malo.

—Ora, pinche loca, ya quedamos que somos amigos.

—Sí. Por eso te lo digo. Además, culero… hoy te doy la oportunidad de ganarme. ¿Qué te parece si vamos por mis guantes?

—Va. El que pierda invita los refrescos a todos, pero en *La Paloma*. Me gusta comprar en esa miscelánea, siempre tienen las Cocas de vidrio bien frías.

Volvimos a pelear. Volví a perder.

Pero esa fue la última vez que lo que quedaba de nosotros, como adolescentes, se disolvió con la llegada del anochecer.

El departamento

Llegó el día de mi cumpleaños, con los dos trámites esenciales que me convertían legalmente en adulto: la cartilla del Servicio Militar Nacional y la credencial para votar. Valeria estaba un poco asustada. Hacía unas semanas, un grupo de insurrectos había tomado rápidamente cinco cabeceras municipales clave en Chiapas: San Cristóbal de las Casas, Altamirano, Las Margaritas, Ocosingo y Chanal. El objetivo, según su vocero —un hombre blanco con influencias de la teología de la liberación—, era reclamar los derechos de los pueblos indígenas en el contexto de la entrada en vigor del **Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)**. Valeria me decía que si quería, podría enviarme con Sharon, ya que en la prepa pública a la que acudía, *"los rojos"* motivaban a la juventud a sublevarse. Le aterraba que me enviaran a la guerra, cuando en realidad la mayoría de la gente, protestaba en marchas y plantones, pero nadie se alistaba con los insurrectos. Además el Trucutrú me avisó que el movimiento era para golpear al bloque de los desertores del partido oficial de 1988, por lo que buscaban dividir a los atarantados opositores.

La verdad, es que en esos días, yo estaba muy entretenido intoxicándome y fornicando con Valeria. Pasábamos la mayoría del tiempo desnudos, comiendo y bebiendo en cada parte del departamento, buscando pretextos para tener sexo al natural, nunca use preservativo con ella. No es que no nos importara la salud, pero como la vida de Valeria había sido muy aburrida y casta antes de mi llegada, ella quería reponer el tiempo y experimentar como la adolecente que nunca pudo ser, sobre todo experimentar con **LSD**. Por desgracia, la sustancia que nos vendían no era la comercializada por el laboratorio Sandoz; tampoco éramos parte del experimento MK Ultra ni mucho menos de la generación hippie. A pesar de nuestro exceso, nos bañábamos a diario. Así que nuestros días eran una ilusión, o una alucinación, constante:

—Ro, amor, ¿por qué quitaste la puerta?

—La puerta está en su lugar, mujer. Ven, vamos a besarnos.

—No, ya dime dónde está la puerta.

—Mujer, aquí está la puerta —abrí y cerré la puerta para demostrarle que allí estaba.

—No, amor, *esa* puerta no.

—¿Cuál puerta, mujer? ¿A dónde quieres ir o llegar?

—A la Puerta de Ishtar.

—Qué honor ir con la hembra que copuló en el templo de Marduk, aunque ya no es tiempo de celebrar las fiestas de año nuevo.

—Después entraremos por las otras siete puertas.

—Amada mía, ¿ya viste el amanecer púrpura?

—Sí, sí, sí. A tu lado lo encontré.

—Entonces crucemos con una ofrenda. Toma la piña del frutero, Valeria. Yo tomaré las uvas.

—No, yo quiero llevarle las manzanas, y tú lleva tu hermosa serpiente.

—Vamos entonces. Entremos sin miedo.

—Ro, ya vi, ya vi el ojo que dices. Míralo bien, es el octágono de Saturno que se está abriendo.

—Tienes toda la razón, mujer. Ya vi que el triángulo somos tú, Tini y yo.

—Sí, así es.

—Antes pensaba que los cuernos eran los de Moisés, pero no… son dos *shofar*. Escucha, el viento produce un sonido similar al del trombón cuando cruza por la ventana.

—Sí, sí, Ro. Ahora sí, bésame. Te quiero, te quiero. Dame un poco de vino antes, pero que salga de tu boca.

—Espera, deja busco la botella.

—Ahora sí. Abre la boca. Tomaré lo más que pueda para alimentarte con la sangre de Cristo.

El departamento de Valeria se fue convirtiendo, poco a poco, en una exclusiva mansión del placer. Y aunque solíamos ser selectivos con las personalidades que invitábamos a nuestras sesiones para *"abrir portales interdimensionales"*, era poco probable que los demás adictos tuvieran exactamente las mismas alucinaciones, ya que las alucinaciones son experiencias subjetivas e individuales. Sin embargo, como siempre estábamos copulando, segregábamos un **"cóctel" de sustancias químicas** (hormonas y neurotransmisores) que influían en nuestro placer, la excitación, el estado de ánimo y el establecimiento de vínculos afectivos. Por lo cual, el contenido de nuestros delirios y alucinaciones se volvía similar o idéntico. Esa relación tan cercana influía en cada uno, un fenómeno conocido como **trastorno psicótico compartido o *"folie à deux"***.

En ocasiones nos absteníamos en periodos de tres a ocho días para leer. Compartíamos el gusto por leernos uno al otro. Leíamos de todo, pero uno de los textos que más me gustaba escuchar de su voz era el libro ***"La organización de la conducta: una teoría neuropsicológica"***, de **Donald Hebb**. Es una obra fundamental en psicología y neurociencia, conocida por introducir la teoría hebbiana sobre la plasticidad sináptica y las asambleas celulares.

La llamada **Ley de Hebb** afirma que las conexiones sinápticas se fortalecen cuando dos o más neuronas se activan de forma contigua en el tiempo y en el espacio. Al asociarse el disparo de la célula presináptica con la actividad de la postsináptica, tienen lugar cambios estructurales que favorecen la aparición de asambleas o redes neuronales. La regla de Hebb plantea que si dos neuronas están activas aproximadamente al mismo tiempo, sus conexiones se fortalecen. En concreto, Hebb afirmó que *"si el axón de la neurona A está suficientemente cerca de la célula B y contribuye de forma repetida a dispararla, ciertos cambios estructurales o metabólicos aumentarán la eficacia de tal sinapsis."*

Otro libro que teníamos en nuestro palacio bibliófilo era ***"Flores para Algernon"***, de **Daniel Keyes**, una novela clásica de ciencia ficción que explora temas de inteligencia y humanidad a través de Charlie Gordon, un hombre con discapacidad intelectual que se somete a una cirugía experimental para aumentar su coeficiente intelectual —un procedimiento que, en la trama, ya había funcionado en un ratón llamado Algernon—. El libro retrata la incomprensión y la soledad de quien, a los treinta y tres años y de golpe, ve cómo cambia todo su mundo y la percepción que tiene de él. La incapacidad de entenderlo parece más difícil con un coeficiente muy alto que con uno muy bajo, y de pronto Charlie se da cuenta de las consecuencias de poder entender las reacciones, los sentimientos y las emociones de las personas sin discapacidad. El encaje en el “nuevo” mundo se le hace cuesta arriba, pues ni él mismo es capaz de entender lo que ocurre en su entorno, pero tampoco lo que ocurre dentro de sí mismo. La tensión era constante;

sufríamos con Charlie su progreso y su incomodidad, a la vez que íbamos viendo su oscuro pasado, en ocasiones falto de afecto y lleno de maltratos, de modo que, mientras nos enganchábamos a la lectura para ver el avance de Charlie, llegamos a sentir que lo acompañábamos y nos sentíamos con él en esas situaciones injustas, tristes y degradantes. La incertidumbre sobre su futuro, pero también sobre su presente, nos abrumaba cuando se confesaba en su diario cuestionándose: *«¿Cuál es mi lugar? ¿Quién y qué soy ahora?»*.

Una de las cualidades de Valeria era que sabía varios idiomas, entre ellos el ruso. Por eso tenía varias publicaciones de **Konstantín Tsiolkovski**, y ya que éramos unos viajeros intergalácticos, fue muy agradable verla leer en ruso e irme traduciendo al español, al momento, **La ecuación de Tsiolkovski**, en la que describe cómo un cohete puede acelerarse expulsando parte de su masa a alta velocidad. La ecuación permite calcular la cantidad de combustible necesaria para alcanzar una velocidad determinada y diseñar cohetes más eficientes. Descubrimos cómo el científico ruso es fundamental en la ingeniería aeroespacial. Pero el que más me sorprendió era **La Teoría de las Eras Cósmicas (1932)**, donde Tsiolkovsky divide el futuro de la humanidad en cuatro grandes etapas evolutivas:

1. **Era del Nacimiento:** La humanidad comienza a explorar el espacio cercano y a liberarse de la gravedad terrestre.
2. **Era del Florecimiento:** La colonización del sistema solar y el aprovechamiento total de la energía solar.
3. **Era de la Madurez:** La expansión hacia otros sistemas estelares y el dominio de las leyes físicas del universo.
4. **Era de la Terminal:** Una etapa filosófica donde la humanidad podría trascender su forma física.

Todos esos factores influían en nuestras alucinaciones por las drogas, haciendo de cada experiencia algo único e irrepetible. Pero las alucinaciones inducidas por sustancias psicoactivas varían ampliamente entre individuos y dependen de múltiples factores, como el **tipo de sustancia**: diferentes drogas como el LSD, la cocaína o el cannabis tienden a producir tipos específicos de alucinaciones, ya sean visuales, auditivas o cinestésicas. Pero como les decía, cuando a eso le sumas las principales sustancias químicas liberadas por Valeria y yo durante el transcurso de nuestra actividad sexual, incluyendo en primera la **Oxitocina** —mejor conocida como la "hormona del amor" o del apego—, se libera durante el contacto físico íntimo y el orgasmo, promoviendo sentimientos de satisfacción, calma, seguridad y confianza con la pareja, además de fortalecer el vínculo afectivo. Además, hay que considerar la **Dopamina**; este neurotransmisor es clave en el sistema de recompensa del cerebro, generando sensaciones de placer intenso, euforia y motivación para buscar la repetición de la experiencia. Es una de las sustancias responsables de la adicción al proceso amoroso/sexual. Y como dinero, vino, comida y un sistema de sonido modular con óperas como *Madame Butterfly*, aumentaban las **Endorfinas** en cada beso y caricia, actuando como analgésicos naturales del cuerpo, produciendo una sensación de bienestar y euforia similar a la de los opiáceos.

Valeria nunca había experimentado el sexo de forma libre, solo para concebir a Sharon. Y yo me sentía amado por primera vez al poder sentir ese calor de Valeria, que vaporizaba el agua fría de la regadera.

Pensábamos que con el agua fría bajaría nuestra alocada calentura y podríamos desengancharnos de nuestra pasión, pero la traidora **Serotonina**, implicada en el estado de ánimo, alteraba nuestros niveles y fluctuaba durante el proceso de mi erección buscando a la propietaria de la cavidad, para ensamblarnos como una nave espacial. Así nos asociábamos con sentimientos de felicidad y plenitud. Dejábamos la línea del teléfono desconectada, y el radio localizador y el teléfono celular apagados, ya que nos gobernaba la **Noradrenalina** (o norepinefrina), que contribuía a la excitación y al aumento de la energía, provocando reacciones físicas como el aumento del ritmo cardíaco y, en algunos casos, sequedad bucal, que era apagada por la cava que heredó Valeria del viejo Kirk.

Pero lo único que, al parecer, no se puede conservar es la **Vasopresina**, que, al igual que la oxitocina, está vinculada al establecimiento de relaciones monógamas a largo plazo y al comportamiento de apego en algunas especies, y se libera también en humanos. Dentro de esta liberación, Valeria comenzó a integrar a **Vanesa**, una chica de Calzada de Tlalpan que andaba con un periodista y que ocupaba el departamento de abajo. Primero era quien salía a conseguir el material, pero después Valeria la integró a nuestra relación, por lo que nos volvimos un triángulo de amor que terminó con la pasión exclusiva entre Valeria y yo.

Pero también era para mí necesario finalizar esta miel. La **vulnerabilidad individual** de Valeria comenzaba a desgastarme. La predisposición genética a trastornos mentales, como la esquizofrenia o el trastorno bipolar, puede aumentar la probabilidad de experimentar psicosis y alucinaciones, y el contenido puede estar influenciado por estas condiciones latentes.

El abuelo Kirk murió de un infarto —bueno, realmente se fue de fiesta de Año Nuevo y se quedó en las piernas de una mulata de nombre artístico *"Thalía"*, que sacó del *Tabares* de Acapulco—. Lo que era una señal de que ya era hora de partir de ese lugar. La **dosis y pureza** del material que conseguía Vanesa, más la cantidad y potencia de la droga que consumíamos, influían en la intensidad y la naturaleza de la experiencia psicótica.

Tal vez por eso, con el tiempo, llegué a reconocer que lo que viví con Valeria era el trastorno psicótico compartido, ***"folie à deux"***, donde es el único escenario documentado en el que las personas comparten alucinaciones o delirios similares. En este síndrome poco frecuente, una persona con un trastorno psicótico primario influye en otra u otras personas cercanas, que gradualmente adoptan las mismas creencias delirantes. Y es que tras tanto tiempo, el coito y la eyaculación liberaban cantidades significativas de prolactina, además de oxitocina y serotonina, lo que a menudo induce una sensación de somnolencia y relajación poscoital. La testosterona también es fundamental para el deseo sexual, y en el caso de la libido, los niveles de estradiol en Valeria —que producía estrógeno y progesterona— son relevantes para la conducta sexual y el ciclo menstrual, respectivamente. La oxitocina juega un papel crucial en las contracciones uterinas durante el orgasmo y en el apego, y la prolactina también se libera. Y si de liberar se trata, las alucinaciones espontáneas e individuales de dos adictos son únicas para cada uno; la dinámica de una relación muy cercana podría, en casos raros, llevar a una superposición de su contenido delirante.

Pero con el pasar de los años, y al volverme abstemio, empecé a reconocer los **factores psicológicos**.

Mi estado de ánimo, las expectativas y el entorno —lo que se conoce como *"set and setting"* en el momento del consumo— pudieron moldear la experiencia alucinatoria. Y es que en mi **historia de consumo**, el tiempo y la frecuencia del consumo de drogas afectaron la gravedad y la recurrencia de los síntomas psicóticos. Y aunque mi **deterioro cerebral es irreversible**, pude reconocer que el consumo crónico de drogas produce cambios profundos en el cerebro, afectando neurotransmisores como la dopamina y la serotonina, lo que puede dar lugar a experiencias psicóticas únicas en mi vida. Pensé que con Valeria la experiencia sería única, pero años después, **Vivienne Wimmler** y posteriormente **Eimy Sue**, me ayudaron a regresar al mismo estado alterado de conciencia.

Conexión temática del Capítulo Seis.

Bisagra narrativa y conceptual del proyecto: del encierro juvenil a la violencia sistémica; del barrio al palco VIP; del golpe visible al despojo elegante.

Capítulo Seis.

El banquete del despojo: performancia, adicción y tránsito identitario en el México neoliberal

Este capítulo ensancha el campo de la crítica social al internarse en el corazón viscoso de la élite económica y política mexicana durante un momento histórico decisivo: la firma del TLCAN. Lo que se presenta como celebración —una boda, un yate, un brindis— es en realidad la escenificación del saqueo. La fiesta ocurre después del atraco; el champán burbujea sobre la venta de paraestatales, la captura del Estado y la conversión del poder en herencia privada.

La figura del abuelo Kirk condensa esta mutación histórica. No es solo un patriarca: es un nodo donde confluyen el poder político tradicional, el capital emergente y el crimen organizado. Su alianza con el Comanche y la boda como transacción ilustran con precisión la lógica de la **acumulación por desposesión** que definió al neoliberalismo mexicano (Harvey, 2005). El amor es accesorio; lo central es la expansión del dominio.

En este escenario, Rodrigo ocupa una posición liminal. Ya no pertenece al mundo de la pandilla ni es el criado de Sharon, pero tampoco es parte de la élite. Es observado, probado, vestido, perfumado. Su talento musical funciona como capital social: canta rancheras y boleros como quien ofrece credenciales de autenticidad popular en un salón de espejos dorados. Su "adopción" por el abuelo Kirk es un acto de patronazgo: Rodrigo se convierte en accesorio de lujo, en herramienta sensible dentro de una maquinaria insensible.

El **consumo conspicuo** —yates alemanes, whisky escocés, perfumes franceses— no es solo ostentación: es pedagogía del poder. Enseña quién merece existir y quién solo puede aspirar a ser usado. Rodrigo es espectador, pero también premio simbólico. La escena revela el México dual: mientras los medios proyectan una imagen futurista y exitosa, en la suite del hotel se reproduce una intimidad corrupta, violenta y profundamente disfuncional. La fachada neoliberal cruje desde dentro.

Las **drogas** atraviesan este mundo como lubricante social y anestesia existencial. La cocaína no aparece como desviación marginal, sino como ritual integrado a la vida de la élite: facilita la conexión falsa, acelera la intimidad y suspende la culpa. En contraste, Sharon consume fármacos "legítimos" —antidepresivos, analgésicos— que intentan domesticar un dolor más profundo. Ambas sustancias operan sobre el mismo circuito de recompensa, secuestrando la neurobiología del apego y el placer (Koob & Le Moal, 2008).

La **transición de género** de Tini a Sharon es uno de los ejes más delicados del capítulo. Su viaje a París para tratamientos médicos simboliza una búsqueda radical de autoafirmación, pero también expone el choque brutal entre identidad y expectativa familiar. Sharon habita una feminidad impuesta, performativa, que la asfixia. Su rechazo a vestirse como Pamela Anderson y su huida de la mesa revelan una disforia que no encuentra lenguaje. La violencia que ejerce contra Rodrigo puede leerse como violencia internalizada: la rabia dirigida hacia afuera cuando no puede resolverse hacia adentro (Butler, 1990; Stryker, 2008).

Rodrigo observa este proceso con una aceptación seca, sin dramatismo. "Se ve bien bonita", dice. No teoriza: constata. La crudeza del chiste de Patsy —"hermanas de leche"— muestra la incomprensión callejera, pero también una forma pragmática de inclusión. Aquí la identidad de género se construye fuera del discurso académico, en un terreno de movilidad social, riesgo y afectos torcidos.

La **alienación** de Rodrigo se intensifica. Su relación con Valeria funciona como refugio ambiguo y destructivo: sexo, alcohol y drogas activan un cóctel neuroquímico de dopamina, oxitocina y serotonina que confunde apego con dependencia. La narración describe con precisión cómo el circuito del placer se convierte en jaula, ofreciendo un caso clínico narrativo sobre la intersección entre adicción y vínculo romántico (Koob & Le Moal, 2008).

El capítulo introduce además un registro **psicológico y sobrenatural**. La visión de la pirámide con el ojo y la cornamenta puede leerse como realismo mágico, alucinación inducida por sustancias o síntoma de estrés postraumático. También funciona como metáfora: fuerzas invisibles —económicas, políticas— que vigilan y determinan el destino de los personajes. La frontera entre lo psíquico y lo mítico se vuelve porosa.

En paralelo, el texto ejecuta un **obituario colectivo** de la pandilla que surge cuando no se es niño, ni adolecente, cuando se duda si se es hombre o mujer, cuando la fraternidad se da entre los que están cansados del abuso pero no rompen el ciclo: se vuelven un eslabón en la cadena del exceso. Muerte, cárcel, exilio, conversión religiosa, desaparición: trayectorias clásicas de jóvenes varones marginados tras la desintegración de las economías informales que los protegían (Hagedorn, 2008; Venkatesh, 2008). La jubilación del Comanche no es pacificación, sino retirada estratégica ante nuevas configuraciones de poder. Su advertencia sobre "los nuevos más ambiciosos" señala la continuidad de la violencia estructural bajo banderas renovadas (Aguilar & Castañeda, 2021).

El **canal pestilente** que será entubado funciona como metáfora final. Es la cloaca de la infancia y la adolescencia, el espacio de fuga y encuentro. Su desaparición materializa el gesto neoliberal por excelencia: soterrar la miseria para vender modernidad. Pero el fétido olor a peste persiste —no es la peste de Camus develando una **alegoría sobre la condición humana, el absurdo de la vida y la lucha contra el mal**— es la peste de una generación podrida e inútil, que no sirve ni para abonar plantas. La memoria no se borra; se filtra.

Cierre del capítulo / Conexión con el proyecto

Este capítulo clausura simbólicamente la primera etapa de la historia: la formación y disolución de la identidad juvenil en contextos de encierro y marginalidad. Al mismo tiempo, abre la puerta a la segunda: la inmersión de Rodrigo en el mundo de la élite corrupta, donde la violencia ya no golpea, sino que firma contratos; ya no dispara, sino que desaparece. Es el puente entre la violencia callejera y la violencia sistémica: dos caras de la misma moneda en el México neoliberal. Pero no importa de qué lado de la moneda estés, quien defina esa apuesta a cara o cruz, tiene dos manos, a finales del siglo XX juega con la mano derecha. Pero a inicios del siglo XXI jugara con la mano izquierda, hasta que se vuelva a aburrir.

Volumen III:

Volumen III

Capítulo 9: Chornozem

Nunca creí que, apenas un año después de la muerte del viejo Kirk, su viuda, la señora Nastya, me invitaría a desayunar a su casa en la colonia del Valle. Era una hermosa mansión de estilo colonial californiano que ocupaba una manzana completa, con árboles frutales y una piscina techada climatizada. Pero lo que más me gustó fue el salón de juntas instalado dentro de un invernadero; el aroma a tierra húmeda y vegetación contrastaba vivamente con la belleza serena y ligeramente melancólica de la joven viuda.

La invitación no era del todo formal. Quería regalarme unos trajes, ropa sport y algunos accesorios de oficina, ya que planeaba vender la propiedad y mudarse a Cuernavaca. Además, las gemelas ahora estudiaban en un colegio en Inglaterra. Se quedaba sola, y le habían ofrecido dar clases en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Aquel día, el dólar cotizaba a 7.0825 para la venta y el Centenario en $3,100.00 nuevos pesos. Nastya, con una calculadora en mano, analizaba las tendencias de inflación y devaluación para decidir qué porcentaje ofrecerle a Valeria por la venta de unas bodegas que el abuelo Kirk poseía en la colonia Federal. Me entregó su propuesta formal en un sobre membretado y sellado, pidiéndome que lo llevara y regresara con la respuesta.

Eran los días en que Vanesa era quien cumplía cabalmente la labor de satisfacer sexualmente a Valeria. Por eso, ella no puso ningún inconveniente a la propuesta; de hecho, ni siquiera sabía de la existencia de esas bodegas.

Firmó todos los papeles con una calma desapasionada, sin mirarme. Parecía que el fuego interno que tanto la caracterizaba se había apagado por fin. Pero cuando le pregunté por Sharon, su semblante cambió por completo.

—Rodrigo, Sharon ha regresado. Ya no quiere estudiar. Se fue unos días a la casa de Cuernavaca.

—¿Por qué ya no quiere estudiar?

—No lo sé.

—¿La dejaste ir sola?

—No. Se fue con Eugenia… y con la bebé.

—¿Cuál bebé?

—La de Eugenia. ¿Sabes de lo que estoy hablando o necesitas que te lo recuerde?

—Ah, la bebé de Eugenia —dije, sintiendo un escalofrío—. Perdón. Habíamos quedado que ese tema estaba prohibido.

—Solo te pido discreción, por su esposo. Aunque se celebrará su segundo cumpleaños, él no estará.

—Está bien. Siempre y cuando no me quiera golpear como lo hizo el tuyo.

—Jijiji, Ro. Nunca se me va a olvidar ese día.

—Bueno, me da gusto que, aunque yo no esté, Vanesa te cuide.

—Sí, ella es increíble. No es que ocupe tu lugar, pero con ella me siento bien.

Phanerothyme Media Group Inc. | © 1976-2076

—Aún recuerdo la vez que la vi noquear a Patsy en el tercer round.

—Sí, me contó. Pero ahora son grandes amigas.

—A propósito… ¿y tu mujer dónde está?

—Fue por un mandado. Ya sabes, nada como ir al Barrio.

—Sí, aunque últimamente yo no he ido por allá.

—Se nota. Te estás poniendo barrigón. Deja de beber tanta cerveza y busca a una mujer más joven para formar una familia.

—No, yo estoy bien por el momento.

—Entonces… ¿podrás ir hoy con Sharon?

—Sí. Déjame terminar el trabajo que me pidió Nastya y con gusto voy.

—Hablando de esa esclava… la que mandó importar una tonelada de *Chornozem* para su jardín… ¿Te gustó la recámara estilo Rococó? Es original de la época de Luis XV.

—¿De qué hablas, Valeria?

—Jijiji… ¿Qué dedo quieres que me chupe, Rodrigo Enrique?

—Fue la esposa de tu padre.

—¿Y eso qué? Vas muy lento. Aún te falta fornicar con ella.

Afortunadamente, Vanesa llegó en ese momento y aproveché para irme. Salí bastante molesto por la actitud de Valeria. Caminé por la Calzada Santa Cruz hasta llegar a Simón Bolívar, necesitaba enfriar la cabeza. Me sentía bien bebiendo solo cerveza, sin consumir ninguna otra cosa. Seguí caminando hasta la calle de Luis Spota e hice una pausa en una taquería donde aún no empezaban el servicio, pero me regalaron una Coca-Cola tan fría que me levantó el ánimo. Siempre me ha encantado apuntar la botella contra el sol y ver cómo el líquido cambia de tonos, dependiendo también del color del vidrio. Por eso prefiero la botella verde. Desde niño, ese ha sido un ritual personal, una satisfacción íntima que solo conocen mis parejas, o mis verdaderos amigos.

Mi radio localizador comenzó a vibrar. La voz de la operadora transmitió el mensaje: *"Te espero afuera de la Iglesia de la Medalla de la Virgen Milagrosa. Voy a la misa de las seis."* Mensaje de Nastya.

Revisé el reloj Jaeger-LeCoultre que el viejo Kirk me regaló en una de sus borracheras. Eran las 5:05. Sabía que si seguía caminando por Matías Romero llegaría en unos diez minutos a paso veloz. Pero me encontré con el Calaco y el Tomato, unos cuates que conocí cuando Ray "el Rata" y el "Guachito" formaron su banda de covers donde yo cantaba. Me invitaron a una fiesta que darían las chicas del Reina de México. Intercambiamos números; les di el mío de radio y celular. Empezaron a echarme carrilla, pues conocían mi origen.

—Ya te volviste el pirruris de la banda —se reía el Calaco.

—Nosotros tocaremos en la fiesta —añadió Tomato—. Así que no lleves piedras al cerro. Habrá chavas de a montón, como para aventar al cielo.

Corrieron hacia una Ruta 100 para tocar la guitarra y sacar unas monedas. ¿Quién iba a pensar que, pocos días después, quebraría esa empresa estatal?

Llegué a la iglesia quince minutos antes. Nastya vestía ropa sobria, calzado bajo y llevaba el cabello cubierto con un pañuelo. Aun así, se notaba su figura seductora.

Phanerothyme Media Group Inc. | © 1976-2076

Le comenté que, si quería, podía esperarla o acompañarla a la misa. Sonrió levemente; nunca la había visto sonreír.

—No es necesario —dijo su voz, un hilo de aire frío—. Quiero estar sola. Así son las eslavas, dicen que solo se enamoran una vez. Era evidente que había apreciado a Kirk, pero su corazón siempre había pertenecido al padre de las gemelas.

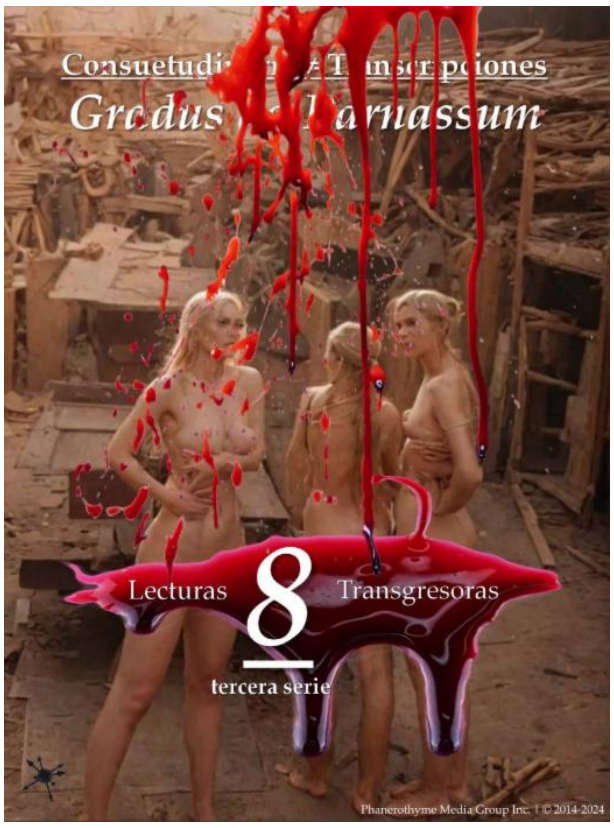
Volví a mirar el reloj que el viejo Kirk me regaló. Recordé la noche en que me lo dio, borracho como nunca. Se sacó de onda cuando, al día siguiente, se lo devolví. Me dijo algo que resonó como una verdad honda:

—Lo tuyo no es robar, Rockdrigo. Lo tuyo es enamorar, y eso no da riqueza ni poder. Por eso mi hija te tiene en un altar, y mi… nieto, esa cosa rara que ahora se viste de mujerzuela, también.

No tienes corazón para matar con un arma, Rodrigo Granda, pero sí con tus palabras. Sé que, si hay riesgo, darías la vida por un amigo, por mi hija o por cualquiera de mi familia. Eres la primera persona que no me roba. ¿Sabes cuántos hijos de su reputísima madre me han sacado dinero de la cartera cuando ando bien pedo? Nunca les doy importancia; simplemente los mando a la verga. Quien le falla al Viejo Kirk, solo cava su tumba. Sé que preñaste a mi nieta. Por eso la casé con alguien que le dará todo lo que ella necesita. Tú tranquilo; si ella te busca, es su pedo. Su marido es otro cojeputas igual que yo.

Por eso me habían molestado tanto las palabras de Valeria. Andar sin drogas, me di cuenta, aclara la mente. Y, como consecuencia inevitable, trae de regreso a la moral, con todo su peso y sus preguntas incómodas.

Consuetudinario ≠ Transcripciones. Gradus ad Parnassum. Lecturas Transgresoras núm. 8. tercera serie



✨***Gradus ad Parnassum*, de Rodrigo Granda**, es un viaje sin miedo hacia la cumbre del entendimiento humano. Más que un manual, es un corredor de voces entrelazadas: historias de adicciones, rompimiento de normas y la búsqueda de la felicidad desde rincones donde las reglas se desvanecen como niebla al alba. La obra pulsa con la fuerza de relatos que encadenan múltiples experiencias en una sola corriente vital, señalando que el ascenso —como el Parnaso mitológico— exige romper convencionalismos y redescubrir la propia identidad dentro de un mundo globalizado. Esta publicación se inserta en una serie transgresora de lectura, desafiando al lector a cuestionar lo dado y abrazar la transformación como método.

Ficha bibliográfica estilo APA ✨

Granda, R. (2024). *Gradus ad Parnassum* [PDF]. Phaneinthymos Media Group Inc. Recuperado de https://archive.org/details/gradus-ad-parnassum

Capítulo 11: Gasparín

Llegó el día de la fiesta. Animé a Sharon a acompañarme, alegando que varias amigas de su madre tenían a sus hijas inscritas en el Colegio Reina de México. Pero no aceptó. No era que ignorara las características ideológicas, empresariales y herméticas de esa institución; era, más bien, una forma de sondear el terreno. Quería saber si aún deseaba que yo me quedara, si me diría que no fuera, y que mejor pasara unos días con ella. Creo que la existencia de la bebé la enfrentaba a una realidad cruda: la de no poder ser parte de la tradición familiar, ser una incubadora. Sentía que había fracasado donde su madre tampoco triunfó.

Me llevó a tomar el autobús en su carro, un Thunderbird rosa que su papá le regaló por su cumpleaños. Nos estacionamos frente a la terminal Pullman de Morelos, en el Casino de la Selva. Quise darle un beso de despedida en la mejilla, pero giró la cara. Intenté tomarle la mano y la retiró con rapidez. Le di las gracias, bajé del auto y vi como se alejaba. Mientras esperaba la salida, pensé que su deseo real, era que la tomara a la fuerza, así le gustaba que la tratara, desde que regreso de Francia.

Dormí la mayor parte del trayecto. Una chica de aspecto hippie que subió en Tepoztlán me despertó al poner sus sandalias de suela de llanta en el asiento contiguo. Me giré hacia la ventana y volví a dormirme. Fue ella quien me despertó de nuevo.

—Hey, amigo. Ya llegamos.

—Ah, gracias —dije, estirándome para salir del asiento.

—Tienes un karma muy extraño —comentó, tomando su bolso hecho de jerga para limpieza, de esos que venden en La Ciudadela. Se quedó de pie, con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —le pregunté, recordando haberla visto antes en Coyoacán, repartiendo volantes contra el imperialismo yanqui con un grupo de izquierda.

—Simón, todo chido. —Se notaba que andaba en la lumpen, sobreviviendo. Así era yo cuando me perdía.

—Vamos a una fiesta. Te invito. Tal vez les haga falta una buena cantante y un Telepredicador que prepare cócteles para la cruda.

—Sí, bambi —sonrió. Por sus pupilas dilatadas y su energía vibrante, intuí que traía la droga de moda entre los juniors: éxtasis.

—¡Bambi era un venado, Tambor un conejo y Mickey Mouse la ratota! —completé, jugando.

—Jijiji, no me la sabía completa —se cubrió la boca con las manos, riendo.

Extendí mi mano derecha para un apretón. Firme, nada agresivo, con la palma en posición vertical, un gesto que buscaba igualdad, sin ganas de transmitir dominación, al contrario sumiso para ella. Mantuve contacto visual y una sonrisa leve. Ella respondió, como quien busca un contacto sincero; con la mano izquierda comenzó a acariciar su cabello y parpadeó con intensidad. Sonrió, mostrando una dentadura perfecta, una clara señal de interés y de buena alimentación.

—¿Esa guitarra es tuya? —señalé el portaequipajes del autobús.

—Sí. Es mi cava rodante.

—Es una excelente idea. Esas sí son notas finas.

Mi radiolocalizador comenzó a vibrar. Un nuevo mensaje: *"Rambo, tocamos a las diez. Haz paro, banda. Te esperamos en el metro."* Mensaje de Calaco.

—Qué mote tan bélico, para un chico tan adorable —dijo, metiendo los dedos entre su cabello como tratando de desenredar sus largos rizos.

—Ya sabes cómo es la banda de cábula. Después te cuento el porqué —guardé el localizador en su funda y tomé el estuche de la guitarra.

Bajamos del autobús, y recorrimos la Central del Sur buscando un teléfono público. El mensaje estaba incompleto. Llamé a la telefonista de Radio Móvil Dipsa, quien verificó con la capturista: el mensaje estaba textualmente así. No dudé de ella; mis amigos siempre andaban mariguanos. Lo más conveniente era encender el celular, aunque solo tenía anotados números fijos en la agenda que solía llevar como cartera.

La hippie comenzó a trenzar su cabello y lo amarró con una de las pulseras de cuero que llevaba en la muñeca.

—¿Entonces a dónde vamos? —me pregunto con ansia.

—Esos atolondrados no especificaron en qué metro. Se me ocurre que lo mejor es ir a la Casa del Canto, en la glorieta de Insurgentes. Alguien allí sabrá.

—Yeah, buena idea. Allí alguien siempre sabe dónde está todo.

—Eres una mujer brillante. Creo que estamos en el mismo canal.

—Jijiji. Gasparín no tiene amigos, pero sabe dónde se juntan los marginados. —cuando dijo Gasparin, simulo con sus dedos un par de pistolas apuntado hacia ella.

—Entonces seremos Gasparín y Rambo, en la búsqueda de la fiesta interminable —lo dije sin pensar, porque a veces así sucede el encuentro entre opuestos.

—No tengo boletos para el metro —confesó, revisando su monedero. Sacó una sola moneda de un nuevo peso—. Toma, es lo único que traigo —volteó el monedero; estaba vacío.

—No te preocupes, yo los compro. Pero antes, dime: ¿qué elixir mágico viaja en este baúl sinfónico, mi estimada Gasparín?

—Ah, es una botella de un rico tequila San Matías —se me hizo agua la boca. Abrió el estuche de la guitarra y se empinó la botella brevemente—. Ten, toma. Se te ve con sed… y con muchas penas también —me la entregó. Su rostro tenía ahora una expresión de tristeza. Di un buen trago y se la devolví.

—Vamos a guardarla. Tal vez a alguien más le haga falta un poco de felicidad —cerró el estuche, lo puso en el piso, lo tome con la mano izquierda y con la derecha sujete la delicada mano izquierda de ella.

Caminamos de la Central del Sur hacia la estación del Metro. Solté su mano solo para subir las escaleras. Era más alta que yo, delgada, de rasgos finos y una piel extremadamente blanca. Sus ojos tenían un tono miel. Su rostro tenía esa languidez *stoner* que complementaba su olor: una mezcla de incienso, humedad de casa vieja y ropa sucia. Olía mal; se notaba que no se había bañado en días. Pero después de las palabras cortantes de Valeria, la seriedad gélida de Nastya y la frialdad distante de Sharon, Dios —o el destino— volvía a ser generoso conmigo, enviándome un ángel, aunque fuera un ángel descarriado.

Después de comprar los boletos y una bolsa de Sabritas (porque Gasparín confesó no haber comido en días), nos sentamos al final del último vagón. Ella me miró el reloj.

—Ese reloj es muy fino. ¿Eres rico?

—No, Gasparín. Es un regalo de alguien que ya murió.

—Déjame adivinar —se puso una mano en la frente y cerró los ojos, haciendo una mímica de vidente de televisión—. ¿Tu papá?

—No. No tengo papá. Nunca lo conocí.

—A ver, que el gran espíritu me guíe… ¿Tu abuelo?

—Mi abuelo materno ya murió. El paterno no lo sé. Pero si fue un viejo.

—Ah, los espíritus chocarreros no se quieren comunicar conmigo —abrió los ojos y volvió a sonreír—. ¿Quién te lo dio, entonces?

—Me lo regaló el abuelo de un amigo.

—Ah, pues tu amigo debe ser millonario.

—Algo así.

—¿Y por qué usas radiolocalizador y teléfono celular? Apenas son para ejecutivos, policías o…

—Me los dieron en mi trabajo.

—Solo a los agentes de inteligencia les dan equipos tan sofisticados… para reprimir al pueblo.

—¿Por qué piensas que soy policía?

—Por tu cabello corto, tu porte, tu caminar. Parece que en cualquier momento vas a golpear a alguien. Pero no eres grosero. La mayoría de la gente se aleja cuando me siento cerca.

—Gasparín, yo no tengo problemas con la forma de vestir o de ser de nadie.

Sonó el celular. Era Valeria, preguntando por qué Sharon no había regresado a la casa; habían pasado más de seis horas desde que me dejó. Colgué después de una conversación tensa.

—¿Se enojó tu novia contigo? —preguntó Gasparín.

—No es mi novia. Es… una amiga. Trabajo para su familia.

—Ellos son los que te dan esos equipos.

—Sí, así es.

—Son ricos, entonces. Eres de fiar. Pero ese reloj, esos equipos y esa estilográfica no cuadran con esas botas militares que usas, ni con esa camisa polo que tiene bordado el nombre de *Jane's Addiction* donde debería ir la marca.

—Creo que la espía eres tú. Pareces una bailarina del Kírov disfrazada.

Sonó de nuevo el celular. Era Sharon. Estaba en el departamento de los RIS; pasaría la noche allí y dejaría la llave "donde siempre".

—¿Ves? Como sí estás peleado con tu novia… Rambo —se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Ahora entiendo por qué te dicen así. Eres el perro guardián de una niña rica. Ella te viste, te gobierna… hasta la cara te cambia cuando hablas con ella.

—No es así. Nunca le pedí que fuera mi novia. Primero fuimos amigos. Nos conocemos desde la secundaria. Ella y su mamá me apoyaron cuando estuve guardado casi dos años.

—¿Y por qué te guardaron, muñeco? No tienes facha de secuestrador ni de violador. Yo vine contigo porque quise, porque me agradas. La mayoría de los hombres me ha tenido a la fuerza. Por eso ando así, para no llamar la atención.

—No sé. Nunca supe bien por qué.

—Jijiji, ¿cómo no vas a saber? Te ves maldito, inspiras miedo a los demás.

—Cuando uno es pobre, sin padres que estén pendientes, cuando no tienes idea de cómo funciona la ley… eres culpable por no saber hacer otra cosa más que meter los puños.

Se levantó, se quitó la blusa larga de gasa que portaba y comenzó a limpiarse los pies, llenos de tierra.

—¿Y qué más, Rambo? —su mirada era seria, atenta. Quería escucharme. Y hacía mucho tiempo que no sentía esa libertad para hablar.

—No sé si regresar con ella, sé que lo hace para manipularme, o ir con su madre, o con mi nueva patrona… No sé qué hacer.

—¿Te hace mucha falta el dinero?

—No es el dinero. Es que… en esa familia de locos me siento bien. Me siento querido. Valorado.

—¿Y tus padres?

—A mi madre y a su esposo les da igual si llego o no. Por eso quiero ir a la fiesta, estar con mis amigos, divertirme un poco.

Con su mano derecha comenzó a tocar mis mejillas. Su mirada se volvió melancólica.

—Sabes, en eso somos iguales. Yo… yo no me siento querida por mis padres. Mi hermana mayor se lleva todas las atenciones. Y tienes razón, yo tampoco tengo interés por llegar a casa —guardamos silencio—. ¿Entonces, en qué estación nos bajamos? —pregunto con alegría.

—En Pino Suárez. Allí transbordamos a la Línea 1.

—¿Chico malo, quieres un poco más del elixir de la verdad?

—Claro que sí.

—Pero primero, cúmpleme tres deseos.

—Va. ¿Cuáles?

—Dime tu verdadero nombre. Solo tu nombre. Y apaga tu radiolocalizador y tu celular.

Asentí. Apagué ambos equipos. Le extendí la mano de nuevo.

—Soy Rodrigo. Gusto en conocerte. —Ella extendió la suya.

—Soy Jennifer. Y lamento decirte que nuestra agua milagrosa está por terminarse.

Capítulo 12: Volantazo

Salimos del metro Insurgentes con el plan inicial claro: tomar unas cervezas, escuchar música en vivo y, con suerte, averiguar dónde era la fiesta. Pero nunca falta el idiota que provoca una pelea y es el primero en correr cuando la chota llega a repartir chingadazos. Así que el lugar tuvo que cerrar unos minutos antes de lo previsto.

La niña hippie —Jennifer— sugirió ir a su casa. Quería bañarse, cambiarse de ropa y luego ir a comprar más alcohol y un poco de hierba. La niña hippie resultó ser la princesa de la colonia del Valle; su boato edificio estaba frente a la revista Proceso. Las llaves las tenía el señor de la recepción. Me presentó como su novio y subimos en el ascensor exclusivo del ático.

Era un lugar moderno y elegante; me contó que allí habían filmado películas los del IMCINE. Después le preguntare cuales, ¿o me esta insinuando que hay cámaras ocultas?

—Siéntate, Rockdrigo. ¿Te puedo decir Rockdrigo, verdad?

—Claro, si ya me presentaste como tu novio, mejor dime si me pongo a lavar tu ropa —los sillones de piel negra aún olían a nuevo.

—Jijiji, eres tremendo, Rockdrigo. Pero primero termina bien con esa niña, y ya después lo anunciamos en la ERES o en el TV y Novelas.

—Va, va, me late de chocolate. A propósito, ¿dónde puedo enchufarme?

—No, espera, déjame bañarme. ¿Cómo crees que así, toda sucia? —gritó desde el pasillo.

—No hablo de eso. Es para poner a cargar mis aparatos de trabajo.

Salió del pasillo con una bata de baño, sandalias y dos toallas más.

—Ah, espera, traigo una extensión. Pon música mientras.

—¿Te gusta escuchar Rock 101?

—Zep —conectó una extensión junto a su equipo de sonido.

—Gracias, Jennifer.

—Toma, estas toallas son para ti. Me baño yo primero y me arreglo mientras tú te bañas. Tu ropa se ve limpia, pero venir de Cuernavaca en estos días de calor es un infierno.

—Sí, sin problema.

Se dio la vuelta y encendí su equipo de sonido. Tenía una colección amplia de discos, casetes y compact discs. Sabía que era una niña rica; ahora solo faltaba ver si la diversión sería solo por hoy o se extendería días o meses.

Tomé un cenicero redondo de estilo funcionalista, con bandeja giratoria. Lo abrí para ver si alguien más fumaba en casa. La limpieza era impecable. Todas las colillas de cigarros Benson & Hedges Menthol tenían la boquilla manchada en diferentes tonos de lápiz labial, la misma cantidad de suciedad en el filtro por el golpe. Ninguna huella de mota.

Encendí uno de los últimos JPS que me quedaban en el bote, usando el encendedor tipo Zippo que me regaló Kirk. ¡Pinche viejo cabrón, él mismo me puso esta tentación en el camino!, pensé.

Fui a la cocina a buscar agua. El refrigerador estaba casi lleno. Había unas Bartles & Jaymes de fresa; las tomé porque saben ricas. Regresé a la sala; los sillones eran súper cómodos. Esta morra también era de cuna fina, pero por la música que tenía, se notaba que el rock le latía.

—¿Qué fumas, Rock? —su voz se escuchaba en asenso sobre el pasillo.

—John Player Special. ¿Gustas?

—Nunca los había visto en bote de 50. ¿Son de contrabando?

—Yes, claro que yes.

—¿Sabes que los van a prohibir?

—No lo sé.

—Dicen que porque son las siglas de Juan Pablo Segundo.

—Pues qué culeros. El papa tiene buen gusto. Ya me imagino a las monjitas armando los cigarros y rociándolos con agua bendita.

—Jijiji, Rock, eres muy gracioso.

Se inclinó por una botella de Bartles & Jaymes; la bata se atoró y se abrió un poco más de lo debido. Observe que no traía ropa interior. Hice como que no vi nada.

—Perdón, no te pedí permiso para tomar tus bebidas.

—No, al contrario, adivinaste mi deseo. Pensaba pedirte que las sacaras antes de bañarme. ¡Salud! —siguió con la bata entreabierta, una delgadez que se antojaba para llenar a besos todos los días.

—Ya me meto a bañar, entonces.

—Sí. Voy a apagar la música. Mi habitación tiene el baño dentro. Mientras te bañas, platicamos.

Dejó abierta la puerta del baño. Mientras se arreglaba, platicamos de nuestros gustos, miedos, relaciones, adicciones… y llegó la pregunta clave:

—Rock, pero ¿qué paro querían tus amigos?

—Que cantara, supongo.

—¿Tú cantas?

—¡Ah, switch!

—A ver, cántame algo.

—Va que va: "The only one I know / Has come to take me away / The only one I know / Is mine when she stitches me…"

—Espera, voy para allá —entró y se sentó en el escusado.

—¿Todo bien?

—Sí, pero quiero hacer del baño. Continúa, por favor.

—"The only one I see / Has found an aching in me / The only one I see / Has turned her tongue into me / Everyone has been burned before / Everybody knows the pain…"

—Órales, cantas bien. Ah, por eso era la urgencia.

—Sí, pero el volantazo de no ir a la fiesta me ha agradado más.

—¿Qué hora es, Rock?

—Revisa mi reloj.

—¿También puedo revisar tu cartera? Muero por conocer a mi socia, así que buscare la foto con dedicatoria.

—Jajaja, ya te dije que no somos novios. Somos amantes.

—Ay, qué fuerte se escuchó eso. A propósito, ¿por qué usas una agenda como billetera? ¿Eres abonero o qué?

—Es que tiene mucho espacio. El celular que traigo no guarda los números, ni me los sé todos. Además, allí traigo las direcciones a las que voy.

—Ah, estoy revisando… La última dirección que traes es por aquí.

—Sí, es por este rumbo.

—¿Oye, y si vamos con la que no es tu novia?

—¿Para qué?

—Qué tal si ella sabe dónde es la fiesta.

—Mejor le llamamos. Ya sé, márcale si quieres. Busca en la "letra S"; el primer número es el de ella, dice "Sharon departamento 101".

No creí que fuera a hacerlo, pero lo hizo. Obviamente, Sharon le colgó. Terminé de bañarme, me vestí, tomé mis cosas y Jennifer estaba acostada boca arriba en su cama, revisando los números de mi agenda.

—Tienes un buen de números. ¿Por qué tienes tantas viejas? Me van a madrear entre todas

—seguía drogada. Cuando se mete un nuevo producto, siempre viene lo más puro posible; así te enganchas más rápido.

—No, como la mitad de esas diablillas antes eran varoncitos.

—Jijiji, ¿cómo crees? Me estás mintiendo.
—En serio. Las dos personas más cercanas a mi vida han modificado sus cuerpos. Físicamente evolucionaron, pero su alma sigue siendo la misma.

—Qué loco se escuchó eso.

—¿Por qué? Acaso no has escuchado la canción 'Girls & Boys' de Blur.

—Sí, la escuché en Ibiza.

—Entonces, Jennifer, esa agenda tiene una vida como la canción de 'Girls & Boys'.

—Wow, eso sí es muy interesante y revolucionario. "Girls who are boys…"

—Evolución, Jennifer. La Evolución y la revolución son diferentes.

—¿Por qué?

—¿Has leído a los filósofos griegos?

—Sí, pero qué aburrido.

—Ah, bueno, trataré de ser breve para no aburrirte.

—No soy la niña tonta a la que no fuiste a ver. Dilo, dilo como es. Tenemos mucha vida para estar juntos y poco tiempo para aprender uno del otro.

—Bueno, como dirían los cuentos clásicos: había una vez una época donde la filosofía nos enseñaba la diferencia fundamental entre las cosas, a diferencia de los conceptos modernos, ya establecidos por la revolución industrial y su sistema educativo, que adiestra a las obsoletas máquinas humanas, para alimentar a la nueva maquinaria computacional.

—¡Órale! Eso es como un cuento tenebroso del payaso Brozo.

—Jajaja, sí, tienes razón. Pero regresemos a lo que nos interesa: la evolución y la revolución. Podríamos afirmar, desde la visión clásica de la filosofía, que la diferencia radica en la gradualidad versus la rapidez del cambio.

Esos pensadores antiguos —que eran fans de tener jovencitos a su servicio— abordaron el tema, pero obviamente en dicha época no se usaban esos términos con las connotaciones políticas y biológicas modernas.

—Ah, ya entendí lo de los varoncitos.

—Ahora que lo dices, veo que tú también observas a detalle el entorno… Pero, regresando a la evolución: te decía que es un cambio gradual, un proceso ininterrumpido que se asemeja a la idea moderna de evolución.

—Ah, bueno, es que nuestros ancestros no tenían radio, ni cine, ni televisión para perderse. Así que, mi filósofo de bolsillo, ¿qué más me puedes decir?

—¿Has leído a Heráclito de Éfeso?

—No, la verdad no. Pero tú sigue, yo mientras voy a maquillarme y a ponerme la ropa interior. Así que puedes mirar y hablar al mismo tiempo.

Se quitó la bata, se sentó en la silla de su tocador y comenzó a maquillarse. El mueble estaba frente a la cama, por lo cual, al estar yo sentado podía admirar a tan singular mujer.

—Bueno, te decía que Heráclito de Éfeso habla de la doctrina del "flujo universal" —panta rhei—, donde todo está en constante cambio, simbolizado por el fuego como el arjé o principio fundamental. Este cambio es continuo y natural.

—Ah, ¿y qué más, Rock? —se levantó de la silla, la hizo a un lado, caminó a su clóset y comenzó a abrir cajones.

—También Aristóteles habla del desarrollo natural. Él entendía el cambio —kinesis— como el paso de la potencia al acto, un proceso natural y ordenado, inherente a los seres vivos y al cosmos.

—El cosmos, ¡qué loco! —mientras se probaba diferentes modelos de ropa interior.

—Además, Aristóteles tiene el concepto de la "gran cadena del ser", que sugería una jerarquía natural y un desarrollo progresivo, aunque sin la idea biológica darwiniana de descendencia con modificación.

—Hablando de cadenas, me encanta este conjunto con una que los une. Ahora deja escojo la falda y medias —siguió abriendo cajones—. Me gusta tu plática, pero dime, entonces, ¿qué es la revolución?

—Bueno, es un término más de contexto. La revolución es un cambio brusco.

—Perdón por la interrupción. Esta falda de piel tiene el cierre atrás. ¿Podrías subir el cierre, por favor?

Quería que la tocara. Se podría subir el cierre teniendo la falda al frente y después girarla, pero accedí.

—Sí, no te preocupes —me acerqué—. Te decía que la idea de una revolución es entendida como un cambio brusco, radical y a menudo violento. En la época de mis cuates con toga, no tenía un término exacto equivalente al uso político moderno, pero se abordaban ideas de cambio radical o ruptura.

—Gracias. Voy a escoger el calzado y la chamarra. Continúe, profesor.

—Bueno, recordemos que la base de la filosofía está en Platón. Mi compa de los "platós grandes" hablaba de la involución. En obras como el Timeo, consideraba que cualquier desviación del ideal perfecto era un tipo de "involución" o degeneración hacia formas peores, más que un cambio progresivo positivo. El cambio radical solía verse de forma negativa, como un alejamiento del orden cósmico.

—Esos griegos todo lo manejan en base a constelaciones.

—Antes de ellos lo hacían los egipcios, los persas, los judíos y los fenicios.

—Rock, eres una puta enciclopedia. Ojalá un día te des tiempo para escribir un libro de filosofía para principiantes.

—No es para tanto. Me gusta leer, pero no creo que aún pueda poner en orden mis ideas y bajarlas a un libro.

—Ayúdame con los cinturones de estas zapatillas. Son las más altas que tengo.

Puso una silla frente a mí, me senté y subió su zapatilla en el hueco entre mis piernas.

—Continúa, por favor.

—Pero actualmente vemos a la revolución como un cambio político por la injusticia. Si lo vemos como Aristóteles, al estudiar los sistemas institucionales, notaremos que las "revoluciones" son entendidas actualmente como cambios de gobierno o regímenes políticos, debido a su origen en la injusticia y la lucha de clases, resultando en un derrocamiento del orden existente. Eso refleja la naturaleza disruptiva de conceptos modernos como la revolución musical, cultural o sexual.

—Oh, qué interesante. Ahora solo déjame sacar algo para ti —sacó una chamarra de cuero al estilo de la película The Rocketeer—. Ten, mídetela. Yo digo que sí te queda.

—Está chingona. ¿Cuánto quieres por ella?

—Me la empeñó un drogo como nosotros, pero está anexado. Le di 5 días para pagarme; eso fue hace 2 años. Así que ya es mía. Y como vamos a ir con tu amiga, quiero que vea que estás bien a mi lado.